

CRISTIANIDAD



UNIDAD

por Jorge Canadell Jacas, Pbro.
Director Diocesano de las OO. MM. Pontificias

EL DEBER MISIONERO DE LOS FIELES

por Mariano Laguardia, Pbro.
Rector del Seminario de Pamplona

A VUELTAS CON LA EDUCACION

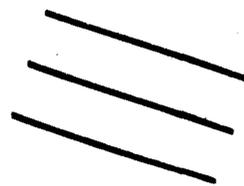
por Francisco Hernanz

MOLOTOV HABLA AL CORRESPONSAL DE «ARRIBA»

De la Quincena política



La mejor adquisición
para su biblioteca...



...un tomo en ediciones
encuadernadas
de
CRISTIANDAD

APRESTOS, TINTES y ACABADOS

MANUFACTURA AUXILIAR S. A.

APRESTOS: Ntra. Sra. de los Angeles, 13
Teléfono 2384

DESPACHO y TINTES: San Sebastián, 127
Teléfono 1103

TARRASA

FEDERICO MARCET

Fábrica de Hilados, Torcidos y Fantasías de Lana y Estambre
Paños y Novedades en Tejidos de Lana y Estambre

Pantano, 20

TARRASA

Teléfono 3026

Precio de este ejemplar: 7'50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIALES

Unidad, por Jorge Canadell Jacas, Pbro., página 341.

Malabarismos trágicos, por P. L. C., pág. 342.

El mundo mejor. Tema del momento, por F. T., págs. 342 y 343.

Carta de Fr. Eugenio Ayape, Prior General O. R. S. O., pág. 343.

PLURA UT UNUM

La más divina de las divinas ocupaciones. Divagaciones en torno a la vocación misionera, por Fr. Pedro de Anasagasti, O. F. M., págs. 344 y 345.

El deber misionero de los fieles, por Mariano Laguardia, Pbro., págs. 346 y 347.

Mi visita a Santa Teresa de Francia, por Martirián Brunsó, Pbro., págs. 348 y 349.

A vueltas con la educación. El problema de los exámenes, por Francisco Hernanz, páginas 350 y 351.

El Mensaje del Papa a los Electro-radiólogos, por José M.^a Sagrera Malaret, pág. 351.

Carta Pastoral del Excmo. Sr. D. Antonio de Castro Mayer, Obispo de Campos (Brasil). Catecismo (III), pág. 352.

EL BIELDO Y LA CRIBA

El problema de la coexistencia. Las Conversaciones Católicas de San Sebastián, por Roberto Coll Vinent, pág. 353.

DE ACTUALIDAD

¿Una nueva forma de vida?, por Andrés de Haro, pág. 354.

De la quincena política, por José-Oriol Cuffi Canadell, «Shehar Yashub», págs. 355 y 356.



Unidad

Llevamos unos años, no cortos, de trabajar en favor de las Misiones Católicas, desde que por Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos de enero de 1927, se se estableció el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe (Domund), que ha de celebrarse precisamente el penúltimo mes de octubre.

Las estadísticas nos señalan su marcha ascendente, por lo que se refiere a recaudaciones y actos externos. Se ha intensificado en todo lo referente a propaganda, y el Domingo Misional ha llegado ya a la corteza del pueblo católico. Díganlo, si no, ese enjambre de muchachos de ambos sexos que, en equipos de a tres y hucha en manos, circulan por nuestras vías colocando chapitas y musitando el sonsonete petitorio, mediante lo cual obtienen limosnas nada despreciables. ¡Cuánta alegría esparcen!

Son aspirantes de Acción Católica, son alumnos y alumnas de Colegios congregacionistas, son chicos de Escuelas primarias oficiales y particulares. Todos viven animados del mismo espíritu: del ansia de ayudar a la Gran Obra de las Misiones, "la más importante de la Iglesia", según sentenciosa frase del Papa Pío XI. Nadie vaya a creer que para nuestra muchachada sea un día de algazara y de diversión. Les cuesta sacrificios, fatigas y luchas; pero todo lo hacen con alegría y se disputan el honor de ser ellos los que mejor y mayor recaudación obtengan. En sus fatigas encuentran su máxima recompensa.

Hemos de reconocer, asimismo, que los ciudadanos acogen con simpatía a ese ejército que lleva aires de Primavera a nuestro brillante Otoño y se complacen en ostentar en forma visible los emblemas del Día de las Misiones. Y aun más: Barcelona ha de agradecer que sus dignísimas Autoridades se sumen a "su Domund", que ha adquirido tanta resonancia.

No sería posible agrupar, en este reducido espacio, todos los aspectos de nuestro barcelonés Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, que tan fervientemente se suma a todo el Orbe en esta "Jornada de la Catolicidad", como la denominó, con precisión y concepto de palabra, el que fué Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, Cardenal Van Rossum. Pues, en realidad, Jornada de "Catolicidad" es la que se extiende a ambos hemisferios y a todas las partes del mundo, con ánimo de devolver al Rey inmortal de los Siglos el Patrimonio universal, que el Padre Eterno le diera en posesión y herencia.

Nunca debemos olvidar que Jesús vino a la tierra a cumplir la voluntad del Padre, que es precisamente dar a Él satisfacción plenísima, para que todos los hombres consigan la salvación. Su voluntad es, pues, universal. Ninguno de nuestros hermanos — de cualquier país, tribu, pueblo, lenguaje, color, nación, condición, categoría, ni religión actual — ha sido excluido de la Redención de Cristo. A todos Él ha llamado, a todos comunica sus gracias, ya que por todos dió su Sangre y por todos entregó su espíritu desde el madero de la Cruz. Bien lo ha entendido la Iglesia en cualquier tiempo, cobijando en su seno al magnate y poderoso, así como al libre y al esclavo, a los cuales reunía en sus cultos, do-

quiera se celebrasen, con el bello y significativo nombre de "Pueblo de Dios".

Pero esta Universalidad conduce necesariamente a la "Unidad", ya que nota distintiva de la Iglesia, fundada por Jesucristo, es ser "Una". Y así, pues, la Obra de las Misiones Católicas ha de ir señalada con el precioso signo de la "Unidad", aunque no de la uniformidad, pues nuestra Fe se adapta perfectamente a toda clase de seres humanos y a toda suerte de costumbres y géneros de vida. De la misma manera que veneramos en nuestros altares a esos héroes de las virtudes, que han sido proclamados Santos, sin tener en cuenta el país en que nacieron, así también hemos de mirar como verdaderos hermanos a tantísimos que no pertenecen a países que caritativamente apellidamos "civilizados".

La Iglesia es "Una, única, Santa, Católica y Apostólica"; por cuyo motivo sus Misiones han de reunir y reúnen idénticas características. Por eso el Jefe universal de las

Misiones es el Papa, al cual compete la ordenación absoluta de cuanto se refiere a las mismas.

Y, por lo mismo, todos los fieles tenemos el deber de rendirnos a sus indicaciones y mandatos y seguir el camino que El nos señale. De donde se deduce que los católicos que no se interesan por conocer qué cosa sean las Misiones, o que tergiversan el sentido de las mismas, "no sienten con la Iglesia", por mucho que se alaben de ser católicos.

La Iglesia ha establecido este Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, obligatorio en todo el mundo, como día de Oración, de propaganda misional y de recolección de limosnas extraordinarias, las cuales han de ser entregadas íntegramente en el Secretariado de Misiones diocesano, sin que pueda destinarse cantidad alguna a las demás Obras Pontificias o particulares. Es el día exclusivo de LA OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

JORGE CANADELL JACAS, Pbro.
Director Diocesano de las Obras Misionales Pontificias de Barcelona

Malabarismos trágicos

Hoy ciertos juegos de manos, a los que las circunstancias del mundo cada vez nos van más acostumbrando, en los que se manejan y barajan nada menos que el destino de las naciones, la vida de millones de hombres, la fe de los pueblos. Y — muy desgraciadamente — también como en un teatro ante cualquier "mago", movemos la cabeza, y... quizá se nos ocurra pensar que debe haber trampa, sin preocuparnos excesivamente por ella, a pesar de que ha traído pérdidas irreparables.

Malabarismos de esta clase — y actualmente — no hay pueblo que no los tenga. Pero ya que Dios ha querido que nacéramos en una patria, natural es — y muy antinatural lo contrario — que de modo particular nos interese cuanto a ella se refiera, y especialmente si es en el tiempo presente.

En lo cual fundo mi confianza de que no ha de desinteresarse al lector un malabarismo cuyas garras hemos sentido en nuestra propia carne: me refiero al de nuestra sectaria segunda República, de cuya proclamación se están cumpliendo los veinticinco años.

Quizá pensará quien me lea, que es excesiva candidez calificar de malabarismo lo del 14 de abril de 1931, en lo cual estaré completamente de acuerdo; pero eso — prueba de que el lector puede conocer muchas cosas — es ya interesarse por "la trampa", porque el juego de manos existió, y lo manifestó claramente el último presidente del Consejo de Ministros, Almirante Aznar, cuando dijo que "España se había acostado monárquica y se había levantado republicana".

Si este malabarismo fuera de tea-

tro, no importaría un comino la trampa, pero aquella República nos trajo un millón de muertos, nos trajo el incendio de nuestras iglesias, nos trajo el asesinato de nuestros hermanos... No podemos encogernos de hombros.

Por eso CRISTIANDAD quiso ilustrar al lector sobre ese tema, dedicándole todo el número del 15 de junio pasado, número que comenzaba con una comunicación del Gran Oriente Lusitano a una Logia de su obediencia dán-

dole instrucciones sobre la restauración monárquica de 1874, en sentido de apoyarla, lo cual sin duda puede aclarar las ideas, porque, como decimos en romance, "de tal palo tal astilla".

El reciente libro de don Juan de la Cierva "Notas de mi vida", aunque no vaya tan a fondo, demuestra con evidencia que en el 14 de abril "hubo trampa", y que muy pocas personas públicas fueron ajenas a ella.

Si es verdad aquello de que la Historia es "magistra vitae", el 14 de abril ya es historia, y por consiguiente encierra lecciones. Procuremos, por lo menos, desentrañarlas...

P. L. C.

El mundo mejor. Tema del momento

Sería interesante inquirir por estas tierras de Dios qué idea tienen formada las gentes del Mundo mejor. Primero, inquirir qué idea tienen formada acerca del particular. Después, comprobar hasta qué punto se hallan prestas las voluntades para concretar en realizaciones palpables aquella idea.

Recordamos el temblor de sacudida interna que conmovió a los católicos al pronunciar Su Santidad el Papa dos trascendentales alocuciones: la del 10 de febrero de 1952 y la del 12 de octubre del mismo año. "Es todo un mundo — se decía en la primera de aquellas alocuciones — lo que hay que rehacer desde sus cimientos lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios." Y en la segunda expresaba el Papa el augurio de que "el potente despertar, al que había exhortado a Roma el 10 de febrero, fuera "presto imitado por las otras diócesis vecinas y lejanas, para

que sea concedido a Nuestros ojos ver retornar a Cristo no sólo la ciudad, sino las naciones, los continentes, la humanidad entera".

Sería curioso, repetimos, indagar entre nosotros y en nosotros la idea que tengamos formada acerca del Mundo mejor. Porque el mal que angustiaba al Sumo Pontífice en aquellos días, sigue hoy preocupando y angustiendo a la Iglesia y a su Vicario, siendo fruto — triste fruto —, como es, de que el mundo no se decide a emprender la senda del retorno a Cristo. Eso es tan claro y diáfano como la luz del mediodía, cuando el sol alcanza su cenit en la anchura de un firmamento barrido de nubes. Y está tan claro, a pesar de esto, de aquello y de lo otro que haya podido suceder desde entonces hasta ahora. Y vayan ustedes a saber si no está hoy todavía más claro, precisamente a causa de esto, de aquello y de lo otro. Pero, no vamos por ahora a detenernos en el estudio de esta

cuestión. En esta materia del mal y del bien, hoy creemos sinceramente que o se ven las cosas tal como son o no se ve nada. Para el que vea habrá lo suficiente con lo dicho; para el que no vea, una vez más, habremos hablado en chino.

Seguimos, pues, con el tema. Y deseamos como católicos que el tema nos interese. Que le concedamos la importancia realmente decisiva que tiene, si por un acaso — el acaso puede aquí tener diversos nombres: despreocupación, espíritu de comodidad, aire de ligereza... — nos habíamos contentado con prestarle una vaga y lejana atención. Deseamos también que nuestra voluntad se ponga a la altura de las exigencias del tema. Queremos, en una palabra, secundar las esperanzas de la Iglesia y de su Vicario.

De ahí que, en próximos números, dedique nuestra revista atención principal y preferente al tema del Mundo mejor, entre nosotros. Entre nosotros quiere decir en nuestro país, porque también a las veces subirse a lo alto de los espacios teóricos, con abstracción de linderos geográficos y de circunstancias del momento, o bien contemplar sólo los linderos y las circunstancias del vecino, resulta un bonito sistema de eludir la cuestión.

El significado auténtico del Mundo mejor, el único que encierra esperanzas de salvación, es el que nos habla del retorno de la humanidad a Cristo. ¿Habrá un solo católico que deje de interesarse por el tema?

F. T.

Bélgica celebra el 50 aniversario de la Encíclica «DIVINI ILLIUS MAGISTRI»

El domingo, 4 de septiembre, 170.000 católicos adultos se reunieron en lo alto de Roekelberg, dominando la ciudad de Bruselas, alrededor de la Basilica Nacional del Sagrado Corazón, para celebrar el 50 aniversario de la Encíclica "Divini illius Magistri".

La víspera, sábado, a las 15 horas, una sesión académica, en el gran auditorio del "Palais des Académies", de Bruselas, había reunido alrededor de los Obispos del país, todos presentes, algunos millares de invitados: políticos, dirigentes, directores y directoras de los institutos de educación, etc.

Mr. Desgranges, director seglar de Obras de la juventud, expuso los derechos de la familia en materia de educación, según la enseñanza de la Encíclica. Mr. Van Cauwelaert, antiguo presidente de la Cámara, habló de los derechos y deberes del Estado. Para terminar, su Eminencia el Cardinal Van Roey, octogenario activo, recordó, con calma, pero firmemente, los derechos de la Iglesia. Todos estos discursos fueron resumidos por la prensa católica.

La jornada de las masas, el domingo 4 de septiembre, fué verdaderamente triunfal; todos los padres cristianos habían sido convocados, y los miembros del personal docente, religioso y seglar de todas las escuelas libres del país: Primarias, Medias y Universitarias.

Esta manifestación participaba en la gran lucha escolar en que el país se encuentra complicado. Después de las manifestaciones tumultuosas que habían reunido en la Capital a centenas de millares de católicos, sobre todo jóvenes — el 24 de abril y el 27 de julio —, la grandiosa manifestación de septiembre fué, sobre todo, impresionante por la participación masiva de los padres cristianos.

Todos los Obispos del país asistieron a la Misa solemne cantada a coro por la muchedumbre. Mns. Callewaert, Obispo de Gante, pronunció un discurso en flamenco; Mns. Charrue, Obispo de Tournai, en francés.

Un folleto había sido ampliamente difundido, recordando las prescripciones del Derecho natural, del Derecho internacional y del Derecho canónico, así como los textos más claros de la Encíclica de Pío XI y las declaraciones más recientes de S. S. Pío XII.



RECOLLETTI DI S. AGOSTINO

CURIA GENERALIZIA

La benemérita revista CRISTIANDAD, alto faro de luz, me pide una bendición para sus obras de apostolado con motivo de la terminación del Año Agustiniiano. Y lleno de placer y muy efusiva la envió con mis mejores deseos de que en sus ricas páginas continúe la legítima idea cristiana iluminando conciencias y encendiendo corazones.

He visto que en varios números últimamente CRISTIANDAD ha llamado la atención sobre la figura siempre brillante de San Agustín; y ha encarecido la importancia de sus virtudes y de sus obras y la perennidad asombrosa de su doctrina. Con ello ha querido rendir homenaje de pletesía al ingenio soberano del Serafín de Hipona y se ha hecho a la vez eco de los sentimientos expresados por Su Santidad Pío XII, felizmente reinante, en carta dirigida a los Superiores Generales de las distintas Ramas Agustiniianas, en donde invita al estudio y a la imitación del gran Doctor.

Hay, sin duda, en la actualidad un fuerte y profundo movimiento de simpatía hacia el hijo de Santa Mónica; es llamado por sicólogos y filósofos el primer hombre mo-

dero; por doquier se oye decir que es necesario un retorno a San Agustín. Es esto un buen signo en medio de las tinieblas que nos rodean. Los mortales, cansados de errores y de materia, sienten una inquietud saludable. Aparecen anhelos de Dios, en Quien los corazones únicamente hallan reposo, como bellamente lo anotó el insigne Obispo de Hipona.

Sea efectivo el retorno a San Agustín y apodérese de todos un amor incansable de la Verdad que fue la prenda característica de este Santo tan humano y tan excelso.
Roma, 28 de agosto de 1955.

*Jos. Eugenio Ayape
Prior General g. R. F. e*

LA MAS DIVINA DE LAS DIVINAS OCUPACIONES

Divagaciones en torno a la vocación misionera

El problema de la vocación misionera interesa cada día a nuevos sectores de la sociedad cristiana. El Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos ha incorporado al sacerdote diocesano español al campo misional de vanguardia; los Institutos religiosos femeninos han buscado un cauce apostólico a sus fines fundacionales ejerciendo la enseñanza y la beneficencia entre paganos; los seglares han hallado un puesto suyo, utilísimo y noble, en las tareas auxiliares del apostolado misionero entre infieles; las antiguas Órdenes religiosas, con solera misionera de siglos, han intensificado su contacto con los paganos.

Un asunto insoslayable

La vocación misionera es un don febrilmente apetecido en un mundo que también febrilmente ansía la posesión de otras conquistas más humanas y rastreras.

Alegra y consuela el constatar que haya sido comprendida y se trate de resolver una de las más urgentes necesidades de la Iglesia: la de su perenne y sustancial expansión anímica y topográfica. No hay razones económicas ni demográficas que impulsen a la Iglesia a llegar al mundo pagano: es una razón vital, existencial, sin cuya resolución no puede existir.

La vocación misionera tiene por objeto el actuar eficazmente la Redención de Cristo en cada una de las almas, aplicándoseles los frutos de la Cruz. La vocación misionera es el oficio del pescador que arroja las redes para capturar el mayor número posible de peces: las redes son la Iglesia, a cuyo gremio se ha de atraer, sin amenaza ni imposiciones, a todos los mortales. La vocación misionera trata de realizar la postrera invitación de Cristo a sus discípulos incitándoles a enriquecer a cada mortal con los tesoros que manan del bautismo.

La vocación misionera es la participación directa — en el sacerdote que la posee — o indirecta en la vocación apostólica, la más urgente y noble tarea que reservó Jesús para sus más íntimos colaboradores.

Sintetizando: la vocación misionera es la vocación de madre de la misma Iglesia, a la que conserva donde ha penetrado; a la que nutre y fecunda con nuevos hijos donde se ha establecido; a la que convierte — para una filiación real a la humanidad a Ella destinada, pero que no conoció hasta el presente a su auténtica Madre, la Iglesia Romana.

Definir la vocación misionera

Definir la vocación misionera es una tarea imposible mientras no se defina el concepto de *misión*, del que ha de tomar su fisonomía. La vocación misionera es la invitación divina a la plenitud de la *misión*, cuyo desarrollo final es la formación de un solo rebaño bajo un solo Pastor, un rebaño que se coadune por el imperativo de una misma fe, de una misma caridad, de una misma esperanza, en la posesión de una misma gracia.

Se discutirá aún si el concepto de *misión* comprende tan sólo el apostolado entre los no cristianos o si ha de incluir a los que parcialmente poseen la doctrina de Cristo: protestantes, judíos, mahometanos; o se estrechará más el campo de la discusión, admitiendo solamente como misionados a los que no recibieron el bautismo en ninguna secta protestante. Se discutirá sobre la aplicación del concepto de *misión* a sólo las regiones que dependen de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, o de alargarlo a aquellos otros países que vegetan en idénticas circunstancias sociales y religiosas, aun cuando — por razo-

nes diversas — dependen jurídicamente de la Sagrada Congregación de Negocios Extraordinarios o de la Oriental.

Más allá de toda discusión de escuela o de toda diferencia jurídica se vislumbra la realidad de unas almas que no pertenecen al gremio de la Iglesia de Roma (unos, por desconocimiento del Evangelio; otros, por defecto de sometimiento a la suprema autoridad del Romano Pontífice; otros, por malversación doctrinal del pensamiento de Cristo), y a las que hay que atraer a su divino redil. La labor de atracción al seno de la Iglesia de quienes — por uno u otro motivo — moran fuera de su jurisdicción, es una labor típicamente misionera, al sentir genuino del pueblo cristiano.

Poco importa definir los contornos de *misión* y de *vocación misionera* para el apóstol que busca a las almas apartadas de Cristo. Figurará o no en la lista de los misioneros, se hablará o no de su vocación misionera. Hay algo indudable en su realidad: que, aun cuando las estadísticas no le encasillen entre los elementos dependientes de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, ejerce su difícil apostolado en regiones inhóspitas en las que hay miles de almas para quienes el solo nombre de Jesucristo es una auténtica revelación de lo desconocido.

Sin intentar entrar en el predio desagradable de una discusión sobre los contornos de la *misión*, preferimos examinar y valorar una vocación apostólica, a la que sólo los cánones no darán el sello de la autenticidad misionera, sino las condiciones de su actuación, el ambiente anímico y ambiental.

Obra de Dios

El historiador franciscano Fr. Domingo de Gubernatis, autor de un tratadillo misionológico poco conocido, pero valioso, que sirve de introducción a los volúmenes V y VI de su prodigioso "Orbis Seraphicus", publicado en la segunda mitad del siglo XVII, trata de hacernos comprender la trascendencia de la vida misionera: "No olviden los misioneros que son, entre los infieles, Embajadores del Supremo Rey, y recuerden con temblor saludable las penas que se aplican a los Embajadores infieles".

Gubernatis se dirige a los misioneros propiamente dichos: los sacerdotes. Mas sus indicaciones valiosas pueden iluminar los sentimientos de los misioneros auxiliares: los religiosos no sacerdotes y los seglares.

La obra misional no es una profesión civil ni siquiera una ocupación espiritual de libre elección. Es una labor divina que exige un llamamiento especial para dedicarse a tan nobilísima tarea. Nadie puede asumir por propia iniciativa el oficio de embajador — que, en su misma naturaleza, lleva aneja la noción de enviado, de representante, de legado —, sino que ha de ser legítimamente señalado por aquel que representa la autoridad eclesiástica.

PLURA UT UNUM

La obra misional es obra de Dios:

1) *por su campo de acción*: las almas, dominio puramente reservado al mundo de la gracia santificantes;

2) *por sus elementos*: la gracia santificante, que tan sólo puede expenderse en las arcas de la Iglesia;

3) *por su autoridad*, consecuencia de la gravísima obligación apostólica y proselitista impuesta por Dios a su Iglesia;

4) *por su finalidad suprema*: adherir a los hombres a la vida divina, empalmarlos en la única viña que contiene la savia de la vida eterna;

5) *por su ejercicio*, de naturaleza puramente espiritual, sobrenatural, llegándose al hombre con la sola ambición de ayudarlo en todos los aspectos de la vida, para que sirvan de escala para alcanzar la meta de la acción misionera: el abrazo con Dios.

Por este motivo, el eminente misionólogo carmelita Tomás de Jesús escribía:

“¿Cuál es el papel del hombre en la conversión de los otros hombres? Sencillamente el de que son empleados por Dios como libres instrumentos, como se usa la pluma para escribir y la sierra para cortar maderos. Y, así como el instrumento, si pretende moverse y trabajar solo, no puede producir su obra; si, por el contrario, se deja manejar por un artífice prudente, realiza maravillas; del mismo modo el hombre que se une a Dios con la oración continúa, con la integridad de vida, y con el vínculo de la caridad, y se dejare manejar por Dios, obrará cuanto le plazca”.

El misionero en un instrumento libre, cuya elección no puede imponerse a Dios por razón de sus brillantes cualidades humanas ni por sus habilidades civiles y diplomáticas, puesto que Dios da las cualidades imprescindibles a los apóstoles que elige, aun cuando parezcan plenamente ineptos. Además, el misionero es un instrumento —más o menos hábil— incapaz de realizar una labor fecunda sin una mano diestra que lo maneje, y a la cual se ha de conformar mediante el ejercicio consciente de su labor vicaria, representante del Señor de los señores.

Motivos de una vocación

Podríamos contentarnos con el subyugador ejemplo de Cristo, que nos señaló una luminosa vía, para el mejor empleo de una vida al servicio del ideal supremo de la restauración de una humanidad entenebrecida. Que Cristo, entre mil profesiones dignísimas, eligiera la labor misional como ilusión suprema de su existencia, es una lección sin réplica, una irresistible invitación.

Su doctrina está en magnífica consonancia con esta iluminadora inquietud: sus discursos del Evangelio conciben como argumento más substancial el Reino de Dios, el único rebaño con el Pastor amoroso; imágenes enternecedoras de la finalidad que pretende la obra misional. Cristo contempla al hombre en su realidad misional: como persona redimida o a quien aún haya que aplicar los frutos de la Redención, las dos etapas imprescindibles de la labor misionera.

Si la sugestiva doctrina de Cristo y su confortador ejemplo no fueran bastantes a movernos eficazmente a la labor misional, la constatación de la dignidad de la naturaleza humana, sobre la que se ejerce la acción apostólica, podría ser eficiente reclamo.

La labor misional se ejerce entre los hombres, llamados a la participación de la vida divina, y que han ocultado con el pecado su preciosa realidad de hijos de Dios. El misionero trata de desterrar del alma infiel las tinieblas que la desfiguran, para conseguir que la imagen divina se estampe en el corazón infiel con toda su belleza infinita, su inefable fecundidad espiritual, su armonía de potencias y sentidos. La criatura humana —mediante el éxito



San Francisco Javier

de los misioneros — alcanza su perfección maravillosa, impalpable a los ojos humanos, pero objeto de admiración de los espíritus celestiales.

Es algo así como si en un riquísimo palacio hubiese un salón en sombras. Semeja, en su tenebrosidad, una sucia bodega. Pero una mano pulsa la llave eléctrica y se enciende la iluminación. Ahora pueden admirarse los caros tapices, los artísticos cuadros, los raros muebles, los valiosos vasos, el caprichoso artesanado. Existía esa maravilla, pero era prácticamente nula, inexistente, hasta que la luz la creó a los ojos de los visitantes. Este salón es el alma racional; está en una oscuridad lóbrega que no anula pero impide su lucimiento. La mano del misionero gira la llave de la luz evangélica; se ilumina el interior del alma racional, reviven sus valiosos tesoros, y lucen sus costosos adornos. Se ha obrado el milagro de una nueva creación: fué la luz divina de la gracia la que embelleció el salón, pero no sin la mediación de la mano del misionero. ¿Puede dudarse de la sublimidad de dignidad sin igual?

La persona misma del misionero se sublima con su vocación apostólico-misionera, al dedicarse a la más divina entre las divinas ocupaciones “omnium divinorum divinissimum” (Gubernatis); al aspirar a regenerar a la criatura racional; al extender el Reino de Dios; al dedicarse a una tarea que exige la más pura caridad, en cuanto que el prójimo que evangeliza es el más alejado por los vínculos raciales, sociales y religiosos.

La vocación misionera es una ilusión actual de miles de almas, síntoma de que, en el decaimiento palpable de nuestra sociedad, hay una selección de almas excepcionales con la santa locura de conquistar para Cristo, a costa de mil incomodidades, al prójimo que no nos comprende, que quizá nos odia, pero que participa realmente de la imagen viva de Dios.

Fr. Pedro DE ANASAGASTI, O. F. M.

Aránzazu, Septiembre de 1955.

EL DEBER MISIONERO DE LOS FIELES

La Iglesia Católica desde aquel primer Pentecostés, en que oficialmente se dió a conocer al Mundo, no ha cesado de misionar. A los Apóstoles entonces y a todos los misioneros después, a lo largo de dos milenios, «la universalidad del amor y de la fe estimula y empuja hacia la meta de hacer coincidir los confines del reino con los del mundo». (Pío XII).

Primeramente fué misionado el Imperio Romano, luego los pueblos eslavos y germánicos, más tarde América, y, en fin, el mundo entero. El objetivo fué siempre el mismo: llevar la fe de Cristo a los pueblos, que yacían en las tinieblas del error y en las sombras de la pagania; pero los métodos y medios adoptados han variado en el decurso de los tiempos, debido al cambio de las circunstancias que se ha operado en los países católicos y en los propios países de misión. Es evidente a todas luces que el Japón no puede ser evangelizado hoy día, como lo fueron en otro tiempo Brasil, Paraguay o las Filipinas. Los regios Patronatos de España y Portugal fueron instrumentos providenciales en los siglos pasados para la difusión de la fe católica.

La secularización de los Estados ha hecho que desde el siglo XIX la obra de las Misiones gravite, como en los primeros tiempos, exclusivamente sobre la Iglesia, y es a partir de este momento cuando comienza a formarse en los fieles una conciencia misionera, un afán de ayudar a la Iglesia en esta empresa divina de llevar la luz de la fe hasta los confines más remotos de nuestro planeta.

Paulina Jaricot, la fundadora de la Propagación de la Fe en 1822, puede ser considerada como el punto de partida y arranque de este consolador movimiento de la cooperación misionera de los fieles, cuyo fervor y caridad en favor de las Misiones ha ido desde entonces constantemente en aumento.

Cuéntase que, cuando en diciembre de 1804 se dirigía el Papa Pío VII a París, para coronar a Napoleón, se

detuvo, pasando por Lyon, junto al célebre santuario mariano de Fourviere, ante el grupo que formaban los señores Jaricot con sus seis hijos, y que el Papa puso sus manos sobre la rizada cabecita de la que, andando el tiempo, fundaría la Obra de la Propagación de la Fe. La imposición de manos en la Iglesia significa transmisión de poderes y de dones espirituales. A la luz de Dios y de la historia, ¿por qué no hemos de interpretar esa imposición de manos del Vicario de Jesucristo sobre Paulina Jaricot como una simbólica participación a los fieles de la gravísima responsabilidad, que pesa sobre el Papa, de evangelizar a todo el mundo?

La realidad ha sido que, a partir de la fundación misionera de Paulina, surgen en 100 años doscientas setenta Asociaciones, para ayudar a las Misiones en un doble sentido, espiritual y económico. Digamos a título de curiosidad que de ellas corresponden 60 a Francia, 43 a Alemania y 18 a España. Cuatro de estas Asociaciones, la Propagación de la Fe, la Santa Infancia, San Pedro Apóstol para el Clero indígena y la Unión Misional del Clero son oficialmente presentadas a la Iglesia y recomendadas especialmente por el Papa Benedicto XV en su Encíclica misional "Maximum illud", por sobresalir entre todas las demás a causa de la trascendencia de sus fines y de la amplitud de su organización. Y el inmediato sucesor en la Silla Apostólica, Pío XI, llamado con justicia el Papa de las Misiones, las elevó a la categoría de Obras Pontificias y como tales las hizo depender directamente de la Santa Sede.

La Iglesia, al exhortar eucarecidamente a los fieles den su nombre a alguna de estas Obras Pontificias, e implantar las tres grandes jornadas misioneras del Domingo, del Día de la Santa Infancia y de la Jornada misional de los Enfermos, no hace otra cosa que facilitar, como buena madre, a sus hijos el cumplimiento de un deber: el deber misionero.

Porque cooperar a la empresa misional de alguna manera no es, como pudieran algunos creer, una obra de supererogación, o una devoción moderna, fomentada por el celo proselitista de los últimos Pontífices; sino que constituye una verdadera obligación de todo cristiano, quien, por lo tanto, no puede desinteresarse del problema misionero. Mas conviene no perder nunca de vista que este deber misionero de los fieles, tantas veces recordado por el actual Pontífice Pío XII, no es una imposición violenta a los cristianos por la Jerarquía eclesiástica, que

EL FIN DE LAS MISIONES

El fin principal de toda misión es evidentemente el de hacer resplandecer entre las nuevas gentes la luz de la verdad cristiana, de modo que se consigan nuevos seguidores de Cristo. Para alcanzar este fin supremo, es necesario — y no debe nunca perderse de vista — que la Iglesia se establezca sobre bases sólidas entre los pueblos y se constituya una Jerarquía formada por clero indígena.

En la carta del 9 de agosto de 1950 dirigida al eminentísimo Cardenal Pedro Fumasoni Biondi, prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, afirmábamos, entre otras cosas, que «la Iglesia no tiene mira alguna sobre los pueblos ni trata de apoderarse del mundo en cosas meramente temporales, sino que la inflama únicamente en ansia de llevar la suprema luz de la fe a todas las gentes y de promover la civilización humana y la fraternal concordia de los pueblos».

En la carta apostólica «Maximum illud», de 1919, escrita por Benedicto XV, nuestro predecesor de inmortal memoria, e igualmente en la encíclica «Rerum Ecclesiae», y Pío XI, inmediato predecesor nuestro de feliz memoria, se anunciaba que las sagradas misiones debían mirar como fin supremo a la constitución de la Iglesia en las nuevas tierras. Y Nos mismo, en la ya citada reunión de Obras Misionales de 1944, dijimos: «La gran finalidad de las misiones es establecer la Iglesia en las nuevas tierras y hacer que penetren allí sólidas raíces, de tal modo, que un día puedan vivir y desarrollarse sin el sostenimiento de la Obra de las Misiones»...

PIO XII. Enc. «Evangelii Praecones».

se considera impotente ante la magnitud de la empresa, sino una consecuencia legítima, que fluye suavemente, como un riachuelo del manantial, de la entraña misma del nombre cristiano.

Es claro como la luz del sol que los componentes de cualquier sociedad industrial, deportiva, recreativa o religiosa deben cooperar a la consecución del objeto propio de la misma. Ahora bien, la finalidad y razón de existir de la Iglesia, sociedad perfecta, no es otra que "hacer partícipes a todos los hombres de la Redención salvadora, por medio de la dilatación por todo el mundo del Reino de Cristo" (Pío XI). Siendo esto así, no puede menos de ser tachado de inconsecuencia el cristiano, que, siendo miembro de esta sociedad sobrenatural, se desentiende totalmente y rehuye la más mínima cooperación al apostolado misionero.

Además, ¿quién no recuerda la maravillosa concepción paulina de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo? "Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo." "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, el cual es la Iglesia." Entre los miembros debe haber solidaridad perfecta y todos deben cooperar al crecimiento y desarrollo del organismo. La Iglesia, que como el grano de mostaza, al que la comparó su divino Fundador, va creciendo continuamente, todavía, sin embargo, debe crecer y dilatarse más y más, pues aún no la vemos establecida en tres cuartas partes de la tierra. El católico, que de ninguna manera ayuda al desarrollo de la Iglesia, se asemeja a esos hongos parasitarios, adheridos a la corteza de algunos árboles, que chupan de su savia en provecho propio solamente, sin contribuir para nada a su vida y desarrollo.

Con los documentos pontificios en la mano es fácil descubrir otras fuentes de esta obligación misionera. "No necesitamos ponderar, dice Pío XI, cuán indigno sería de la caridad, con que debemos abrazar a Dios y a todos los hombres, el que, contentos con pertenecer nosotros al

rebaño de Jesucristo, para nada nos cuidemos de los que andan errantes fuera de su redil." El amor a Dios y la caridad para con los prójimos, privados de los bienes y consuelos de nuestra religión, explica el heroísmo de los misioneros y misioneras. Como San Pablo, proclaman a los cuatro vientos la verdad de aquellas palabras: "nos empuja la caridad de Cristo."

Finalmente, para los corazones nobles y generosos existe un resorte eficaz, que es la gratitud. El mejor modo de agradecer la fe, que gratuitamente y sin merecimiento alguno de nuestra parte hemos recibido de Dios, es el de cooperar al apostolado misionero. "Para agradecer el don de la fe, que hemos recibido de Dios, contribuyamos a comunicar a otras almas esa misma fe. Para pagar los tesoros de gracias, de que Dios nos ha colmado, contribuyamos con todas nuestras fuerzas a llevar esos tesoros lo más lejos posible, al mayor número de criaturas del buen Dios" (Pío XI).

Se desprende de cuanto llevamos dicho que el asunto de las Misiones no es privativo del Papa y de las Órdenes religiosas, que tienen que enviar personal religioso a lejanas tierras, sino que afecta a todos, porque todos formamos la Iglesia de Cristo, a la que su divino Fundador mandó ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura. Pío XII nos ha dado también en esto una consigna: "Todos los fieles por todos los infieles; todos misioneros, si no de hecho, al menos espiritualmente."

Celebramos este año el Domund de la Esperanza. El día que todos los católicos consideren un deber ayudar a las Misiones, será esperanzador y halagüeño el porvenir de las mismas, porque no faltarán oraciones y sacrificios, que hagan descender del cielo eficaces gracias de conversión; ni medios económicos, que son indispensables para el desenvolvimiento técnico y moderno de la actividad misionera; ni vocaciones generosas, que en alas de su heroico ideal vuelen hasta los confines del mundo, predicando a Aquel, que es para todos los mortales Luz, Camino, Verdad y Vida.

MARIANO LAGUARDIA, Pbro.
Rector del Seminario de Pamplona

LA AYUDA A LAS MISIONES

«A este propósito creemos ahora oportuno repetir con renovada ansia e insistencia cuanto ya hemos dicho en la carta dirigida a nuestro amado hijo el señor Cardenal Pedro Fumasoni Biondi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, el 9 de agosto de 1950;»
Todos los fieles perseveren en el propósito de sostener a las misiones, multipliquen sus iniciativas en favor de éstas, eleven incesantemente a Dios fervorosas plegarias, presten ayuda a cuantos son llamados al apostolado misionero, procúrenles los medios necesarios, según sus posibilidades.

»La Iglesia, en efecto, es el Cuerpo místico de Cristo, en el cual «si un miembro padece, padecen juntos todos los miembros» (1 Cor. 12, 26). Por eso, siendo hoy muchos tales miembros atormentados por acerbos sufrimientos y heridas, todos los cristianos están vinculados por el sagrado deber de unirse estrechamente a ellos con solidaridad y simpatía. En algunas tierras de misión, el furor de la guerra ha devastado y destruido de manera horrible no pocas iglesias, residencias, escuelas y hospitales de los misioneros. Todo el mundo católico, que ciertamente está animado por una especial solicitud y caridad hacia las misiones, dará generalmente la ayuda conveniente para reparar tales daños y para reconstruir tanto edificio» (A. A. S., 1950, págs. 727-728).

Pío XII, Encicl. «*Evangelii Praecones*».

MI VISITA A SANTA TERESA DE FRANCIA

A poco se le escapa a mi pluma escribir simplemente la Santa de Francia, sin especificar el nombre, pero me ha detenido el temor de que se confundiera con la heroica e inmortal Juana de Arco. Tengo con todo para mí que ningún francés se hubiera molestado, pues raro será el templo, por pequeño que sea, que no guarde un espacio para la Azucena de Lisieux, para la Santa que enseña a perfumar y envolver a Jesús Crucificado con las rosas del campo y las amorosas del corazón. ¿No leemos acaso en el «Petit Guide du pèlerin de Lisieux»: NOUVELLE ET PUISSANTE PATRONNE DE LA FRANCE, demander a la Vierge Immaculée, Reine de France, de sauver sa nation privilégiée?

Y a fe que esta plegaria asomó a nuestros labios a la vista de este jardín carmelitano francés, cuando comprobamos, al descender del tren, que era "une ville qui fut aux trois-quarts détruite et perdit, sous les bombardements de 1944, tous les charmes de ses rues moyenâgeuses". Menos mal que la elegancia y valor arquitectónico de la catedral de San Pedro queda allí para señalar sobre unas ruinas la perennidad de los valores del espíritu; menos mal que todo lo que era relicario de la Santa escapó de la acción destructora de la materia y que la gran Basílica teresiana se yergue sobre toda la población como el mensaje esperanzador de una nueva vida.

Tales eran nuestros pensamientos al visitar no ha mucho estas tierras de Francia, cuyo valor turístico sería por otra parte, si no muy mezquino, no tanto como para dar ocasión de fomentar un itinerario más a las agencias de viajes.

Veníamos de París y llegábamos a la explanada de este magnífico monumento a la gloria de Santa Teresa del Niño Jesús.

Con esto comprenderá en seguida el avisado lector cómo calaba en nuestros adentros el radiomensaje de Su Santidad dirigido a los católicos de Francia, "pensando igualmente en los innumerables fieles que, a pesar de sus deseos, no pueden acudir a Lisieux". Mensaje de humildad, en primer término. "Qué extraña aparición en el seno de un mundo pagado de sí mismo, de sus descubrimientos científicos, de sus avances técnicos, el resplandor de una joven que no se distingue por ninguna hazaña, por ninguna obra temporal. Con su absoluto despojo de las grandezas terrestres, con su renunciamiento a su libertad y a las alegrías de la vida, con el sacrificio bien doloroso de los más tiernos afectos, se constituye en viva antítesis de todos los ideales del mundo".

¡Los ideales del mundo! Pónganse los que se quieran, los del comunismo, los de una libertad mal entendida, los que oímos cacarear por tantas partes al margen del único Dios... Precisamente en aquellos días se estaba tramitando el alto el fuego en Indochina, que nuestros hermanos franceses estaban esperando de Ginebra con un ansia atormentadora. Los grandes titulares de la prensa no eran otra cosa que suspiros de angustia, como lo fueron de alivio al firmarse el cese de las hostilidades. Ello no obstaba a que, comprando nuestro periódicos cotidianos, molestaran nuestros ojos, quieras o no, otros titulares: *Le guide des plaisirs parisiens*. Así es la soberbia de la vida, de nuestro vivir actual. Porque ¿cuántos no son hoy día los que visitan la capital francesa animados por la gran ilusión, la maravillosa aventura de recorrer algunos lugares de diversión no decentes — podríamos extremar la calificación —, queriendo pasar por otra parte como personas honorables en sus respectivas poblaciones? Y es que esta soberbia de la vida, que antes no se hubiera atrevido a tentar tan descaradamente a los mortales, ha llegado a adquirir tal dominio, que se le rinde vasallaje en pleno día.

Las agencias turísticas, si no se les pone trabas a su propaganda, lograrán para el Vicio el entorchado de la admiración de la mayoría de extranjeros que visiten la Ciudad de las Luces. ¡Qué paradoja! No vendría mal que paralelo a un Código Internacional de Circulación se obligara un Código de Moralidad, al menos de la fundada en la ley natural, si no quieren buscarlo en la palabra pontificia. Entretanto, los católicos no debiéramos olvidar la misión del turista que nos enseñó Pío XII: "Viajando, observando, el turista aprende a conocer mejor aquello que de lejos ignoraba o desconocía, y a su vuelta difunde en torno a sí una más justa estima y un más favorable aprecio. En compensación, por su parte, le ha hecho apreciar, y juzgar tal vez inconscientemente, con más justicia — quiera Dios siempre en buen sentido — su país, su civilización, la verdadera religión. Es el turista, como justamente se ha dicho, un embajador moral. Grande y bella misión; pero también de cuánta responsabilidad".

Llevados a buen seguro de este espíritu nos sentimos impulsados a recitar: "Sainte Petite Thérèse de l'Enfant-Jésus qui avez dit: *J'aime la France, ma patrie, je veux lui conserver la foi, ayez pitié de la France! Délivrez-la des ténèbres qui l'environnent, détournez-la du mensonge, vous qui étiez une âme de lumière et de vérité... Revenez vers nous avec Saint Martin et Saint Louis, avec Sainte Geneviève et Sainte Jeanne d'Arc, pour chasser l'étranger du Royaume. Nous ne voulons pas que cet étranger — l'esprit de révolte et d'incrédulité — regne sur nous, mais le Prince de la paix, Jésus, notre seul Maître et Sauveur bien-aimé.*"

Con el fervor que me era posible — y tengo derecho a suponer que mis lectores suplirán con creces mis deficiencias ante la Santa en el día de su festividad le pedí que apartara de nuestro suelo a esta extranjera, a la soberbia de la vida, con todos sus vasallos que quieren penetrar por nuestras fronteras; y que entren en cambio aquellos embajadores morales que nos traigan el aroma como el de los rosales de Lisieux. Y he aquí que apenas sin notarlo me adentré en el mensaje de confianza y de amor teresiano que resume Pío XII en su alocución.

Pero le dije algo más a la Santa de Francia. Le conté una pena que llevo clavada desde que visité hará unos cinco años Alba de Tormes y que sentí más sangrante a la vista de la gran Basílica teresiana de Lisieux. En mi vida, por aquel entonces, había oído hablar de que se edificara una Basílica de carácter votivo nacional o internacional en honor de la Santa de España en aquella villa salmantina, a donde me trasladé para admirar el relicario que guarda aquel corazón que supo de transverberaciones y aquel sepulcro que guarda cuerpo tan virginal y aquellas otras reliquias que, con tanta reverencia enseñan los PP. Carmelitas y guardan las Madres del Carmelo. Me cogió de sorpresa el Padre que me acompañaba cuando indicóme las paredes de piedra que permanecían sin cubrir como el esqueleto de un cuerpo. Subió al punto mi admiración al leer en una *Guía de Salamanca*: "En

Alba de Tormes el turista podrá visitar también las obras de la Basílica, comenzadas (1897) en el episcopado del P. Cámara, y proyectadas por D. Enrique María Repullés. Hay construídas varias capillas. En 1.º de octubre de 1922, sus Majestades los Reyes de España, D. Alfonso XIII y D.ª Victoria, colocaron solemnemente en esta Basílica el birrete de Doctora *honoris causa* a la imagen de la Santa. Hasta 1914, se llevaban invertidas en las obras de la Basílica 771.589 pesetas". No era el paso lento de las obras —verdaderamente inexplicable con la legión de devotos que cuenta en todas partes, en la misma Francia, nuestra Santa— no; era lo que para mí simbolizaba este retraso, si no lo explicaba satisfactoriamente. Era que va desapareciendo de nuestra vitalidad religiosa española el espíritu celestialmente cautivador de nuestra Teresa; de que dejamos las huellas de sus sandalias para seguir las de aquel extranjero que todo católico debe ahuyentar de su Patria; el que las virtudes raciales encarnadas en la vida y en las obras inmortales de nuestra Santa sean tenidas en menos, y no sean imitadas sus ansias de conquista para Dios de tantas almas como esperan la generosidad fecunda del sacrificado pueblo español."

Si tú, oh Teresa de Francia —le musité, con todo el afecto— has visto glorificado tu espíritu sobre las ruinas de Lisieux, con el esplendor internacional de esta Basílica, como un mensaje de humildad, de confianza y de amor a Dios, a la Humanidad desquiciada, ¿será mucho que te pida como sacerdote español en este día que nos obtengas, por mediación de la Virgen Inmaculada, para nuestra España, para cada uno de los españoles y españolas, el aliento de la Santa Andariega y, vayamos donde



Santa Teresa de Jesús

vayamos, cautivemos con la gracia y el donaire de nuestra atrayente austeridad y el tesón de nuestras raíces católicas?...

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

UTILIDAD E IMPORTANCIA DEL DEBER MISIONERO

«Os es bien conocido, venerables hermanos, que hoy casi toda la Humanidad va dividiéndose en dos campos opuestos: con Cristo o contra Cristo. El género humano atraviesa al presente una formidable crisis, que se resolverá o en la salvación con Cristo o en funestísimas ruinas. Los misioneros trabajan valerosamente y combaten por difundir el reino de Cristo; pero hoy predicadores del mal que esparcen el materialismo y, rechazando toda esperanza de una eternidad feliz, intentan llevar a los hombres a una condición de vida absolutamente indigna.

»Con mayor razón, pues, la santa Iglesia, madre amorosísima de todos los hombres, trata de reunir a todos sus hijos esparcidos por todas las partes que busquen, según sus posibilidades, colaborar con los heraldos del Evangelio por medio de la oración, de las limosnas y la ayuda prestada a las vocaciones misioneras. Maternalmente les exporta a revestir las entrañas de misericordia (cfr. Col. 3, 12), a ser todos misioneros, si no de hecho al menos espiritualmente, y a no dejar caer en vano los deseos del benignísimo Corazón de Jesús, que «vino a buscar y a salvar lo que había perdido» (Luc. 19,10). Si consiguen de alguna manera cooperar a la conversión de una sola familia, sepan allí se habrá creado un movimiento que seguirá avanzando continuamente a lo largo de los siglos; si contribuyen a la formación, aunque sólo sea de un sacerdote, participarán en los frutos de tantos sacrificios eucarísticos suyos, de su sagrado ministerio, de su santidad

»Todos los fieles componen, en efecto, una única inmensa familia, cuyos miembros participan mutuamente en los bienes de la Iglesia militante, purgante y triunfante. Nada por eso es más apto que el dogma de la comunión de los santos para inculcar convenientemente al pueblo cristiano la utilidad y la importancia del deber misionero».

Pío XII, Encicl. «*Evangelii Praecones*».

El problema de los exámenes

El mal de la enseñanza presenta unas características que manifiestan ser su remedio no ya una cuestión de método, o si se prefiere, de planes, sino de personas. Y estando cabalmente todos convencidos de ello, hay, sin embargo, como una inercia fatal en rechuir el problema.

Acaso la culpa la tenemos, o la tienen, los que, de vuelta en el asunto, proceden haciéndose esta reflexión imperdonable: "al fin y al cabo la situación no podría ser remediada a corto plazo, ni siquiera por una conmoción radical del Boletín del Estado".

Y así vamos tirando; echando, en realidad, a perder nuestras vidas por ese tremendo conformismo nuestro de siempre y por la inhibición que se produce al considerar el largo plazo que requieren ciertas soluciones. A ello nos referiremos después.

Se habló mucho del "curso preuniversitario", banco de experiencias quizá inigualable, pero en definitiva frustrado, donde ha aparecido meridianamente el estado de cosas aquí aludido.

Ahora se habla de los exámenes de grado, que han tenido la virtud de ocupar un lugar preeminente en la Gaceta y no menos en las oficinas telegráficas.

Pero la verdad es que en este momento a nosotros no nos importan los exámenes precisamente de grado, sino los exámenes en general, en cuanto intervienen en la educación, y en cuanto el educador interviene en ellos.

Nos quejamos con razón de los exámenes, porque los exámenes apenas demuestran nada en el mejor de los casos. En el peor de ellos demuestran demasiado, puesto que revelan la disparidad de criterio de los examinadores, y la aventura audaz, y el albur, a que se arriesgan los chicos al inscribirse en una lista que al ser fragmentada y distribuida les destina a la salvación o al fracaso.

Esto no solo lo dicen los chinos y los que les rodean, sino que además resulta ser cierto.

Una solución que consista en imponer a este asunto criterios desde arriba es una tremenda ingenuidad. Sin embargo, el examen es hoy día en nuestro país la clave de bóveda sobre la cual pesa el edificio entero de la enseñanza y la educación. El examen, incluso acaba por ser uno de los más significativos hechos sociales.

Absorbe de un modo total y absoluto la labor educativa. A él se sacrifica y supedita el horario y los programas; hace esclavo de sus propias explicaciones al maestro; y pensando en él se cometen las mayores monstruosidades pedagógicas y educativas que pueden imaginarse, como aquella de hacer consistir toda educación y aprendizaje literario en la fijación memorística de unos esquemas con nombres de autores y de obras, invocando por toda excusa, cuando es que la hay, la *preparación del examen*.

Los exámenes han llegado a corromper incluso la enseñanza primaria, último eslabón que nos faltaba. Y no precisamente porque en ese grado inferior de enseñanza se practiquen, sino porque también han arrebatado a las escuelas ese sosiego, esa fecunda serenidad de espíritu e independencia que son tan esenciales a toda educación.

En primer lugar la escuela primaria resulta truncada, bien sea por las prisas de una enseñanza media, bien sea por las necesidades de los padres humildes de concretar la utilidad de sus hijos en un trabajo retribuido.

En segundo lugar la escuela primaria acaba por ordenarse inexorablemente a una preparación prematura del examen de Ingreso en el Bachillerato. El maestro de escuela acaba teniendo que traicionarse a sí mismo.

En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, el maestro ha perdido sus ilusiones legítimas y su entusiasmo. O los ha substituído, modificando poco a poco su propia contextura lógica y psicológica, por falsas ilusiones al tergiversar, sin darse cuenta, su cometido y su misión verdaderas.

La realidad es esta: no existe magisterio auténtico. Por las razones antedichas acaso, aunque también por otras que ahora nos desviarían del tema si quisiéramos centrarnos en ellas, o tan siquiera mencionárlas.

* * *

¡Terrible exigencia la de "preparar el examen" a costa de renunciar el maestro a sí mismo! El peso de amargura en el ánimo del buen maestro, coartado por el fantasma del examen, solo resulta comparable al desconcierto del alumno aplicado, y a la desilusión de todos, cuando la casualidad les enfrenta con el enfado y la conmisericordia—o con el siempre reprochable enfurecimiento—de un examinador consciente ante aquellos esquemas vanos y estériles. Porque, dicho sea de paso, hay examinadores inteligentes, no faltaba más, como hay todavía, y siempre los habrá, buenos maestros.

Un examen bien conducido es ya—no lo olvidemos—una lec-

ción magistral. De suerte que aún pasando por la separación de las funciones docente y examinadora, que es mucho exigir a la buena lógica, lo que en cualquier caso resulta imprescindible es situar en los tribunales a los educadores más relevantes. Porque del examen, en última instancia, puede partir una empresa regeneradora.

No obstante, los exámenes han destruído casi siempre, no sólo la buena voluntad de los planificadores de la enseñanza, sino también la excelencia misma que pudiese haber en los planes. Porque la educación, como toda tarea humana, viene condicionada por los fines; y el fin de la enseñanza, mientras no se demuestre lo contrario, ha venido a ser el examen, ante el que se exige el triunfo y no se perdona el fracaso.

¿Quiere ésto decir que se han de modificar los planes reguladores, los métodos del examen mismo? No; con ello adelantáramos muy poco o nada en la mayoría de los casos; a la vista está. Lo que hay que cambiar es el modo de ver las cosas de la educación, el ángulo de perspectiva en el espíritu del propio educador o examinador. Este último puede, por ejemplo, a través de su proceder en el examen, hacer más por una enseñanza racional de los programas, que toda una serie de libros farragosos de metodología o que una montonera de órdenes emanadas desde arriba. Supuesta nuestra mentalidad utilitarista, que sigue y seguirá siendo siempre la de quedar bien ante los tribunales.

Otra cosa mejor fuera prescindir de esas cadenas que atan al buen docente a un éxito final de sus alumnos en las "pruebas". Claro está que nos referimos al verdadero maestro. La legislación supone casi siempre que no es tal el caso, y en este sentido los esfuerzos del legislador tienen una excusa, pero no por eso dejan de ser un tanto incongruentes, puesto que, según antes insinuábamos, la cosa entonces no tiene ya remedio.

En consecuencia venimos insensiblemente a caer en un círculo vicioso; porque si para educar o enseñar bien hay que tener buenos maestros, para tener educadores excelentes hay que practicar una verdadera docencia.

Todavía más: el sistema de elección de los educadores—y con ello volvemos a top con los exámenes—no es acertado probablemente, pues de lo contrario la legislación no tendría que suponer, como en realidad está suponiendo habitualmente, que sus dictámenes van dirigidos a personas ineptas.

Y aunque los legisladores no lo supusieran, lo supondríamos nosotros y las sufridas víctimas de la educación, por el hecho de conocer las circunstancias en que se desenvuelve y evoluciona el problema de nuestra enseñanza.

¿Qué hacer, entonces, ante tal cúmulo de adversidades?

* * *

Las directrices de una futura labor en pos de una necesariamente lejana solución creemos que debieran pedirse, o bien a la ciencia—a la Filosofía se entiende—o bien, si los suspicaces lo prefieren, a la experiencia misma. No sin antes dejar de sospechar el significado del adjetivo "lejana" adscrito al substantivo "solución", pues ahí quizá esté la clave del asunto referido a nuestra situación actual.

Con ello volvemos al principio de estas consideraciones: soluciones a corte y a largo plazo. No cabe pensar en que las cosas se arreglen de la noche a la mañana. Estupendo sería que así fuese; más una vez calibrada la dificultad que presenta un arreglo rápido y satisfactorio de nuestro problema de la enseñanza, se nos habrá de exigir nada menos que un ideal.

Sólo esto puede alentar y empujar nuestro ánimo a una empresa de la que no vamos a ver, probablemente, sus resultados. Sin ese ideal resultará irremediable que antepongamos nuestro egoísmo, nuestra persona, a todo lo demás, y que surja de nuestro corazón el "tanto se me da" o el "a mí que me importa", que es lo que, desgraciadamente, se suele decir en estos casos.

Una solución lejana implica, por lo tanto, un alimento espiritual, que no sabemos si nuestra época está en condiciones de digerir. Esto es, decíamos, lo que hay que ponderar en primer lugar.

Después habrá que procurarse ese alimento, acaso lo más difícil, porque ya no depende de un simple propósito, sino, subjetivamente, de una vida consagrada a tal misión y vivificada por un aliento peculiar; y objetivamente, de una búsqueda a través de la ciencia y la experiencia, constituyendo aquella y atendiendo a ésta.

Es preciso dar lugar a la formación de un selecto grupo de educadores cada vez más amplio. Personalmente creemos que aún esto es insuficiente, porque la educación desborda del estricto plano profesional; pero he aquí que entonces nos encontraríamos tratando de otro tema de mayores ambiciones, aunque menos concreto, lo cual nos sería reprochado por muchos.

Con todo, resulta irremediable enfocar estos pormenores desde amplia perspectiva del problema. Y así juzgamos indispensable que se atendiese, para un correcto planteamiento de los términos de dicho problema, a los intereses, a los móviles, a los fines en definitiva, que guían a nuestros legisladores, a nuestros maestros y educadores, y a los métodos, procedimientos y al engranaje entero a cuyo alrededor se mueve la enseñanza toda. Lo cual, sin duda, no deja de ser extraordinariamente complejo.

El hecho es que nuestra educación cristaliza generalmente en formas de sabor positivista. Y aunque nos resistamos a querer admitirlo, nos vemos obligados en último extremo a reconocer en muchos educadores una preocupación a veces obsesiva por factores de índole materialista y utilitaria, que luego acaban originando posturas y actitudes de un intolerable egoísmo.

Claro está que el legislador no ayuda ni poco ni mucho a desvanecer esta preocupación casi exclusiva por lo económico, y en este sentido fomenta aquellas actitudes deplorables; pero estamos convencidos que no toda la culpa hay que achacarla a este menoscabo de hecho que hoy se advierte "arriba" y "abajo" por la educación y la enseñanza. Porque esto ha pasado un poco siempre, y hay que suponer que el profesional de la enseñanza emprende su misión resignado a ello.

Más bien se debe a una carencia de formación de los profesionales mismos, que se llaman a engaño, cuando nadie, en serio, les prometió nada jamás. Este sentirse defraudados arranca ya de un vicio radical; no se está preparado para tan extraordinaria misión, eso es todo. No se ha tenido nunca ideal, es decir, aquella fuerza que hacer mirar hacia adentro de uno mismo, en vez de mirar hacia fuera para ver cómo viven los demás cómodamente con sus exorbitadas ganancias.

Se carece de austeridad y se está sobrado de espíritu burgués; en resumen, se entiende la vida como un fabuloso mercado de compra y venta, de confort y de placer.

El sentimiento del propio fracaso en la vida es el fruto de esta inestabilidad anímica, en la que siempre está a punto de aflorar una penetrante sensación de haberse equivocado uno de camino en la persecución de la felicidad. Acabaremos quizá pensando, como la sociedad piensa ahora más que nunca en nuestro país, que quien se dedica a enseñar es porque no puede hacer otra cosa. ¡Triste realidad si fuese cierta!

La deficiencia que podemos advertir en la formación de la juventud y en consecuencia, luego, en la de los educadores, se traduce en un modo de ser de la "gente", que se arregla a su gusto los fines mismos de la existencia. En conclusión: los males de la enseñanza y de la educación parecen radicar en la infiltración del positivismo en la medula de la sociedad entera, cuyos fines, entonces, no pasan de ser aquellos meramente utilitarios.

Luego, estos fines determinan los métodos y procedimientos en todos los ámbitos de la vida humana, y por último, estos métodos acaban destruyendo todo aliento personal y humano en las obras del hombre.

Si retrocedemos ahora hacia el tema apuntado más arriba, el de los exámenes, observaremos que no otra cosa sucede allí con la educación. Esos solemnes actos de final de curso imposibilitan una verdadera labor educativa, y no por ser solemnes, ni por ser exámenes, sino por el solo hecho de asumir el papel de fin absoluto, y por condicionar aquella labor imperiosamente. Eso cuando no resultan además perniciosamente antieducativos por la simple razón de estar de ellos ausentes verdaderos educadores que se comporten como tales en aquel decisivo momento.

Ya queda dicho, por lo tanto, que no estaría en nuestra intención proibir el examen como tal. Ni falta hiciera insistir en ello, porque bien hubiéramos querido poner de relieve que a nuestro juicio los males de la enseñanza radican, probablemente de un modo exclusivo, en la "mágica" desaparición del maestro.

FRANCISCO HERNANZ

El Mensaje del Papa a los Electro-radiólogos

(Abril 1954)

Antes de nuestro intento de glosar el mensaje que el Santo Padre nos dirigió a los Radiólogos reunidos en Roma con motivo del III Congreso Latino de Electro-Radiología, al que no sólo asistieron los de la órbita Latina, sino de toda Europa, incluso de más allá del telón de acero, queremos hacer unos breves comentarios sugeridos a raíz de dicho Congreso.

Se ha hablado y escrito mucho del materialismo y racionalismo de los médicos europeos, en particular de los franceses del pasado siglo, y así, en una reunión de médicos que convocó una Sociedad Religiosa de París como acto de acatamiento y deferencia a Pío VII durante su destierro en dicha ciudad, sólo acudieron siete médicos, mientras que siglo y medio después 500 médicos franceses, de una sola especialidad, aclamaban, junto con sus colegas europeos, a Su Santidad, mientras aguardábamos su aparición en aquel atardecer de la bella primavera romana en la inmensa Plaza de San Pedro, en la que ya estábamos más de mil congresistas, para esta especial Bendición.

Pocos instantes después se iluminaba la ventana del último piso y apareció la sublime figura del Santo Padre. Todos nos arrodillamos respetuosamente para recibir la Bendición y sólo se oían los gritos entusiastas de ¡Viva el Papa! en todos los idiomas.

Otro hecho cabe destacar, y es que esta Bendición no se anunció hasta una hora antes, en plena sesión científica, que, no obstante su importancia, se suspendió en el acto para que todos los congresistas se pudiesen trasladar con la debida antelación a la Plaza de San Pedro.

¿Qué dirían los racionalistas de primeros de siglo al ver que unos científicos se reunían hoy en la plaza de San Pedro, por el motivo señalado, u oían devotamente la Santa Misa en el altar de la Confesión de San Pedro en sufragio de sus compañeros fallecidos, o lucaban el jubileo del Año Mariano en Santa María la Mayor o subían la Escala Santa sin respetos humanos?

No hay duda que en todo el mundo hay un resurgir espiritual de la clase médica y que en el mismo influye en gran manera las alocuciones que el Santo Padre ha dirigido a los distintos grupos de la profesión en las diversas ocasiones que han visitado colectivamente al Vicario de Cristo.

El mensaje de Su Santidad fué publicado y resumido por toda la prensa diaria española e in extenso en Ecclesia, Separatas de Cristiandad, Acta Ibérica Radiológica, Cancerología, etc.

* * *

Después de dar la bienvenida a los congresistas, señala la gran importancia que hoy día adquiere la radiología y el lugar que

ocupa dentro de la medicina general, pues ésta, que no puede ignorar sus recursos ni prescindir de sus servicios, ha adquirido derecho de ciudadanía en la enseñanza, ya que con frecuencia ha modificado y aun revolucionado los principios tradicionales, haciendo progresar también la anatomía y la fisiología.

Destaca su papel terapéutico en las inflamaciones y en toda clase de tumores, así como los problemas técnicos resueltos desde 1895, fecha del descubrimiento de Roentgen, hasta los maravillosos aparatos radiológicos de nuestros días.

Alude a los enigmas actuales sobre la naturaleza de las perturbaciones producidas en las células por los misteriosos bombardeos de partículas infinitamente pequeñas dotadas de velocidades sumamente grandes. Se sabe que las células patológicas son más sensibles a las radiaciones que las normales; es necesario esforzarse para lograr que llegue sobre el tumor una dosis de irradiación para eliminarlo completamente sin lastimar las partes sanas.

Dice que los frutos del Congreso no se limitan a la enumeración de las ponencias y comunicaciones, sino que las corrientes de amistad mutua que dan lugar a colaboraciones preciosas son los frutos más sensibles.

Indica que la radiología, al poner a disposición de los médicos un instrumento nuevo, no deja sino entrever algo de sus aplicaciones futuras, pero tal perspectiva pudiera dar lugar a un exceso de confianza y, como corolario casi obligado, el desaliento, cuando viene el fracaso. Se puede curar o retardar, pero jamás se llegará a suprimir totalmente la enfermedad, el sufrimiento o la muerte.

Traza otro objetivo más digno y envidiable, cual es extender la acción sobre el plano moral, como aceptar la enfermedad y el sufrimiento, como sacar frutos de ellos en orden a la purificación de la vida afectiva y al aprecio más verdadero de las cosas humanas. Animados de profunda caridad, pondréis en juego una acción que, además de su eficacia temporal, adquiera valor de eternidad.

Denota que el sabio, al ir penetrando en los recursos de la naturaleza, se acerca a los secretos de la obra exterior de Dios. Es como un descubridor de tierras nuevas, para gloria de su Señor. Es también en la misma medida el bienhechor de sus hermanos los hombres, a cuyo servicio pone inmediatamente o espera poner lo antes posible el resultado de sus investigaciones.

Termina el mensaje ofreciendo felicitaciones y alientos y formulando los votos más cordiales y sinceros por el éxito de nuestra labor, y que Dios Todopoderoso, por la Bendición Apostólica, derrame sobre los presentes, sobre sus familias la abundancia de gracias y favores más preciosos.

JOSÉ M.^a SAGRERA MALARET

Carta Pastoral sobre problemas del Apostolado moderno

CARTA PASTORAL DEL EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO DE CASTRO MAYER, POR LA GRACIA DE DIOS
Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE CAMPOS (BRASIL)

CATECISMO ⁽¹⁾

DE VERDADES OPORTUNAS QUE SE OPONEN A LOS ERRORES CONTEMPORANEOS

24

• *En el reclutamiento de los militantes y dirigentes de la Acción Católica, al contrario de lo que acontece en las demás asociaciones, es necesario tomar en mayor consideración las aptitudes naturales y la formación técnica para el apostolado de conquista que la piedad y la formación sobrenatural. No conviene, pues, reclutar los líderes y miembros de la Acción Católica entre los miembros de otras Asociaciones religiosas, sino que hay que preferir a los que viven fuera de ellas.*

* *En el apostolado, por designio misterioso de la Providencia, concurren las cualidades naturales y la gracia divina. Como ésta es el elemento indispensable y preponderante en la selección de los apóstoles, se debe tomar en consideración, en primer lugar, su formación espiritual, sin la cual el empleo de las dotes naturales constituye para ellos un peligro de salvación y para el apostolado un peligro de mera apariencia o exterioridad. En las filas de las Asociaciones religiosas se pueden encontrar católicos muy aptos para cualquier modalidad de apostolado.*

EXPLANACIÓN

Esta sentencia, impugnada también, procede de la doctrina de que la Acción Católica es, dentro de la Iglesia, algo enteramente nuevo, y discrepante de sus verdaderas tradiciones.

25

• *El mejor método de formación consiste en los Círculos de estudio, en los cuales la verdad nace espontáneamente de la conversación entre los reunidos, sin necesidad de un profesor superior a éstos, y que les dé de forma sistemática la exposición de la materia.*

* *El método normal de enseñanza, especialmente tratándose de verdades reveladas, es el magisterio, en el cual una persona más sabia y autorizada comunica de modo sistemático la materia a los oyentes. El Círculo de estudio, una vez terminadas las enseñanzas, puede ser útil para la manifestación de las objeciones y dificultades de los oyentes, o para recoger sus observaciones.*

EXPLANACIÓN

Los Círculos de estudio, en la forma considerada en esta sentencia impugnada, fueron condenados por el Santo Padre Pío X en su Carta contra El Sillón. En efecto, esa forma es de inspiración revolucionaria y pretende suprimir la autoridad del profesor.

26

• *El apostolado de conquista, por el cual se traen al gremio de la Iglesia a los infieles y a los que viven habitualmente en estado de pecado, es el apostolado por excelencia. El de preservación y perfeccionamiento de los buenos es secundario.*

* *Son mayores nuestras obligaciones de caridad para con los que viven más unidos a Dios. Así, nuestro celo debe emplearse en primer lugar en la preservación de los buenos. Por otra parte, la formación de seculares fervorosos es condición indispensable para un verdadero apostolado de conquista que todos debemos fomentar.*

EXPLANACIÓN

Los dos apostolados son esenciales: conservar y perfeccionar a los buenos y convertir a los pecadores. Además, es falso separar el apostolado de preservación y perfeccionamiento de los buenos del apostolado llamado de conquista. Aquél es condición para éste. El divino Maestro preparó la conversión del mundo por la formación de un puñado de apóstoles fervorosos. En otras palabras, es imposible conquistar la masa sin tener antes preparada una minoría selecta.

27

• *En las condiciones actuales de urgente necesidad de apostolado, sería mejor que las familias religiosas meramente contemplativas dejaran de existir, o redujesen enormemente el número de sus miembros, pues inutilizan para el apostolado activo externo personas que se consagran exclusivamente a la penitencia y a la oración.*

* *Por disposición de la divina Providencia la conquista de las almas se alcanza por dos medios: de un lado, por la actividad externa y visible de la Jerarquía y de los fieles; de otro lado, por la acción interna e invisible de la gracia, condicionada en gran parte a la oración y a la penitencia reparadora de los contemplativos. En principio la Iglesia deberá tener siempre la ayuda activa, la vida mixta y la vida esencialmente contemplativa. La supresión de cualquiera de ellas, o una reducción que equivalga prácticamente a una supresión, no debe ser deseada.*

EXPLANACIÓN

El Santo Padre Pío XII, considerando la situación presente del mundo, concedió facilidades a los contemplativos para ejercer también apostolado activo. Sin embargo, no se trata ni se piensa en la supresión de Familias u Órdenes contemplativos, o en una reducción que casi equivaliese a supresión. El Santo Padre señala que ese apostolado no debe absolutamente dispensar o disminuir la intensidad de la vida contemplativa. He aquí sus palabras: "Et in imprimis, quoad vitam monialium contemplativam hoc, quod juxta mentem Ecclesiae semper viguit, firmum ac inviolatum servari debet: Monasteria omnia monialium vitam contemplativam ut primum atque praecipuum suum finem, canonice semper et ubique profiteri debere. Quam ob rem, labores et ministeria, quibus Moniales vacare possunt ac debent, talia esse oportet atque ita quoad locum, tempus, modum rationemque ordinanda ac disponenda sunt ut vita vere et solide contemplativa sive totius communitatis sive singularum Monialium, salva non tantum sit seu jugiter alatur ac roboretur" (Constitución Apostólica "Sponsa Christi", A. A. S., v. 43, pág. 11). "Y primeramente en cuanto a la vida contemplativa de las Monjas debe permanecer firme e inviolable lo que siempre estuvo en vigor, según la mente de la Iglesia, a saber: que todos los monasterios de monjas deben profesar canónicamente y en todas partes la vida contemplativa como fin primario y principal. Por lo cual, los trabajos y ministerios a los cuales las monjas pueden y deben entregarse, deben ser de tal naturaleza y ordenados de tal modo en cuanto al lugar, tiempo, manera y disposición, que la vida verdadera y sólidamente contemplativa, sea de toda la Comunidad o de cada una de las Monjas, y no solamente quede a salvo, sino también que sea alimentada y fortalecida constantemente."

(Continuará)

(1) Véase CRISTIANIDAD n.º 273 y 274, págs. 286 a 290; n.º 275 y 276, págs. 303 a 305, y n.º 277, págs. 333 y 334.

• — proposición falsa o al menos peligrosa.

* — proposición cierta.



Las Conversaciones Católicas de San Sebastián

El problema de la coexistencia

La temática de las Conversaciones católicas habidas este año por décima vez en San Sebastián versó sobre el problema de la coexistencia, tan traído y llevado de un tiempo a esta parte en toda la prensa mundial.

El tema da mucho de sí y algunas de las ponencias aportaron puntos de vista realmente interesantes, vividos, además, muy de cerca por los mismos que los desarrollaban. En esto ocurre, sin embargo, lo de tantas veces: que los árboles dificultan la visión del bosque y la síntesis de todo lo que se dice no brota con suficiente ni casi mínima claridad a modo de conclusión. Porque no cabe duda que todo diálogo pierde bastantes quilates de su intrínseco interés si de él no nace un principio de acuerdo siquiera sea en líneas muy generales.

La misma doctrina que la Iglesia sustenta y que en las Conversaciones se invocó una y otra vez, no queda siquiera definida de puro condicionarla a una serie de circunstancias particulares de cada país, las cuales, prácticamente al menos, minimizan el vigor de la verdad que la Iglesia sustenta a este respecto y que fué oportunamente recordada en la carta del Sustrituto de la Secretaría de Estado, Monseñor Dell'Acqua.

A mi modesto entender Guillermo Roviroso planteó la cuestión en sus verdaderos términos. Unas distinciones previas — hasta diez — median el alcance de las preguntas que luego formulaba. Entre ellas, pongo por caso y al azar, el equívoco provocado por los siguientes términos confusos:

- a) Confusión entre Iglesia real (Jerarquía y laicos) y la sola Jerarquía.
- b) Confusión permanente entre lo que se debe hacer y lo que se puede hacer.
- c) Confusión entre etiqueta cristiana y mercancía cristiana.
- d) Confusión entre la paz "del mundo" (ausencia de guerra) y la Paz de Cristo (presencia de Amor).
- e) Confusión entre política cristiana y Reino de Dios.

Y luego las dos siguientes preguntas:

1.ª A la luz del Evangelio, ¿es preferible una coexistencia pacífica con un materialismo hipócrita o con un materialismo descarado?

2.ª ¿No habrá llegado todavía el momento de decidirnos seriamente a la implantación del Reino de Dios en lugar de discutir y gastar energías para determinar si lo que hace falta es coexistir con el diablo enteramente rojo o con otro diablo rojo y con rayas blancas?

A la luz del Evangelio... Quizá a alguien escandalice el que aquí se califique de no-

vedad la manera cómo Roviroso planteó el tema central de las Conversaciones, siendo así que por ser éstas católicas y serlo todos sus miembros, lo natural sería que todo se hablase teniendo presente vitalmente la luz evangélica. Y, sin embargo, salvando la ortodoxia de los enunciados y los mismos discursos inaugurales del Sr. Nuncio de Su Santidad y del Director de las Conversaciones, enrocando éste rectamente aunque en líneas muy generales lo que luego iba a discutirse, parecía bastante veces que esta luz divina no estaba claramente ahí.

Lo de que el católico, hoy, arriesga, pensando, su fe, que escribió Aranguren y rebatió en estas mismas páginas Mosén Ricart, parecía realidad en San Sebastián; y no porque en verdad peligre la fe del que se dedica a pensar, sino porque parece que los intelectuales, en general, sienten alguna vergüenza de profesar abiertamente la fe católica como si ello les desacreditara en las esferas en que se mueven; y luego, en sus contactos, decantan expresa y casi escandalosamente esa misma fe que no llega a informar con suficiente vitalidad sus opiniones. Pocas veces se oyó una expresión que tuviese el vigor sobrenatural y plenamente cristiano de la de Roviroso, inmerso en medios obreros españoles que luchan por defender su fe en un ambiente y en unas circunstancias humanamente poco alentadoras.

Estoy señalando un fenómeno de timidez que no prejuzga sobre la objetividad de los datos aportados en las ponencias ni menos sobre la rectitud de la doctrina aplicada a los hechos históricos que se recorrían en las diversas intervenciones. Esa misma timidez explicaría a Mr. Marcel Laloire, profesor belga, por qué no se notó en absoluto la presencia simultánea de políticos católicos en todos los Ministerios de Asuntos exteriores durante un corto periodo de la postguerra. Aparte que la solución tampoco está ahí. Poco podrán hacer unos políticos aislados, aun suponiéndolos muy cristianos, incrustados en un sistema que amputa su libertad de acción y al que han prestado un asentimiento comprometedor para la Iglesia que tratan de representar y que hace que, de paso, desacrediten el Credo que dicen profesar. Aquí vendría muy a cuento los distingos de Roviroso de que antes se ha hecho mención.

Lo mismo podría decirse, dentro de esa línea excesivamente tímida y, a mi juicio, inexplicable para el que vive de la fe, acerca de la severación de un congresista: "si se nos pregunta si los dirigentes occidentales merecen nuestra confianza — dijo — en líneas generales y a guisa de respuesta, yo no me atrevería a negarla".

No sabe uno cómo compaginar la actitud que esa afirmación refleja con la existencia más acá del telón de acero de un materialismo hipócrita y refinado y de un verda-

dero ateísmo como lo ha llamado el mismo Pío XII, que tiene sus adalides en esos mismos dirigentes occidentales en los que, por lo visto, hemos de confiar. Una vez más nos hemos de referir al planteamiento de Roviroso y el doble aspecto del problema de la coexistencia a que él se refería: el diablo rojo y el diablo rojiblanco, perversos los dos y enemigos acérrimos en la misma medida del Reino de Dios que la Iglesia quiere implantar.

El Padre Rovasenda atajó con oportunidad la postura un poco derrotista — y naturalista — de quienes se dejan impresionar demasiado por las reales o aparentes contradicciones entre los principios que la Iglesia enseña y la actuación posterior que, invocando esos mismos principios, tienen algunos de sus miembros. La fe — dijo — es un misterio y no puede pretenderse que todo tenga una explicación completamente satisfactoria, de modo que sólo con los recursos de la razón y los dialécticos podamos convencer a quienes desde la acera de enfrente pongan, no siempre con buen espíritu, objeciones a la actuación de la Iglesia, atacando su esencia y su carácter sobrenaturales. Es forzoso que algunos o muchos de los hechos de la historia eclesiástica no puedan ser del todo comprendidos por quien no está alumbrado con la luz de la fe; y se mostró, en las Conversaciones, demasiado empeño en querer racionalizar todo, incluso lo que es materia de fe. Y lo mismo podría decirse — otra vez la timidez en danza — del temor a no comprometer a la Iglesia por parte de los católicos, como si únicamente pudiera ser comprometida en actuaciones políticas y no lo sea aún más, hasta rozar el escándalo, por los mismos que excesivamente prudentes por este lado político dan muestra, por otra parte, de no vivir en absoluto la fe que dicen profesar, obrando de hecho en todo con los mismos criterios de quien no tiene la gracia de Dios.

SAN PIO X Y FRANÇOIS MAURIAC

En el semanario, hoy diario, L'Express, del 17 de junio, y en su habitual «Le Bloc-Notes...», François Mauriac relata un viaje a Venecia y escribe:

El secretario de Su Eminencia me introdujo en la habitación de San Pío X que fué patriarca de Venecia. Disimulo mi falta de emoción: cada uno con sus santos. Este no es de mi parroquia. Por lo que le invoco: San Pío X, ruega por los otros.

No se trata de recorrer ni siquiera las más destacadas ponencias, aunque todas, como el conjunto mismo de las Conversaciones Católicas, fueran de indudable interés. El señalar la presencia de una tónica general que no nos convenció del todo y que se observa además en otras asambleas de este género, es una modalidad de aportación, más modesta si se quiere, a una reunión cuyos componentes, como dijo el Director en su discurso inaugural, acudieron "en tanto que miembros de la Iglesia católica y en virtud de su responsabilidad apostólica".

ROBERTO COLL VINENT

¿Una nueva forma de vida?

La conferencia de Ginebra sobre energía atómica ha puesto sobre el tapete un aspecto de la misma que los intensos luminares de Nagasaki y Bikini habían impedido justipreciar, y que ahora adquiere proporciones enormes, y ofrece promesas alentadoras para esta Humanidad que sólo atribuía a los términos radioactividad, desintegración, átomo, un sentido inhumano y espeluznante.

El reverso de la medalla nos muestra ahora que esas mismas energías origen de destrucción y muerte, bien aplicadas, serán capaces de prestar una ayuda inmensa, viéndose la posibilidad de que la energía atómica sustituya al carbón y al petróleo, cuyas existencias ya empezaban a preocupar a los técnicos por su necesario agotamiento. Su desencadenamiento proporciona un suspiro de alivio a quienes veían el futuro próximo en peligro de enloquecimiento.

Estamos, pues, ante una nueva forma de "combustible", que llevará consigo una nueva forma de vida. Ya tenemos la posibilidad, con los isótopos radioactivos, de abordar los grandes problemas biológicos, lo que permitirá, en el campo práctico, aumentar extraordinariamente la cantidad de los productos alimenticios y alejar así el "amenazador espectro del hambre". El porvenir está preñado de posibilidades.

Ante estas nuevas perspectivas insospechadas, no puede uno menos de admirarse, y considerándolas bajo la luz sobrenatural, reconocer los inescrutables designios divinos. ¿Quién hubiera dicho que lo que se inició bajo el signo de la destrucción pudiera ser el símbolo de todo un período constructivo?

Quisiéramos fijarnos aquí en la influencia de estas perspectivas sobre la población en el futuro, y también hacer resaltar que los tan cacareados peligros del continuo crecimiento demográfico parecen enpequeñecerse ahora ante las nuevas posibilidades de producción. Los "sabios" rusos y norteamericanos hablaron en Ginebra sobre el enorme incremento que experimentarían las cosechas por la aplicación a la investigación agrícola de los isótopos radioactivos, alejando con ello la perspectiva de hambre para la Humanidad y poniéndola en presencia de nuevos horizontes, después de haber pasado un arduo camino lleno de pésimos vaticinios.

Todo esto motiva que aludamos al tópico del exceso de población, y que recordemos lo mucho que se ha dicho sobre el espectro del hambre, que tanto nos han mostrado como ciñéndose sobre la Humanidad, y afirmando que el único remedio de alejarlo estaba en controlar el número de nacimientos.

La Ciencia, en cuyo nombre se nos dijo todas estas cosas, nos dice ahora que realmente no se apreció la tierra en toda su capacidad de producción, y que entonces no se contaba con los medios extraordinarios de ahora. Después de un penoso rodeo, como siempre, sus caminos vienen a cruzarse con los de Dios.

El conocimiento de uno de los instrumentos más poderosos para el adelanto en la producción de alimentos, se inició al principio de este siglo. El estudio de las transformaciones radiactivas puso de manifiesto la existencia de elementos de propiedades químicas iguales pero de diferente peso atómico. Se encontró que los átomos de un elemento no eran exactamente iguales entre sí, como había supuesto Dalton. A estos elementos, descubiertos por Soddy y Fajans, se les dió, en 1913, el nombre de isótopos, a propuesta de

Soddy. Tienen todos la misma carga positiva en su núcleo y los mismos electrones en su corteza, determinantes de sus propiedades químicas, pero estos átomos difieren en el número de los corpúsculos, llamados neutrones, que hay entre las cargas positivas, y que por ser estos eléctricamente neutros no influyen en las propiedades químicas, pero sí en las físicas. El hecho de gran trascendencia, fué observado en 1934 por I. Curie y M. Joliot, bombardeando aluminio con partículas alfa. El aluminio se transmutaba en fósforo, pero éste era inestable y se desintegraba espontáneamente, convirtiéndose en silicio estable y desprendiendo un positrón. El aluminio se convertía en isótopo del fósforo.

Este hecho observado en el aluminio es ya práctica corriente en muchos elementos, siendo muy interesante el método de Fermi, en que la activación se realiza por medio de neutrones, ya que ellos llegan mucho más fácilmente al núcleo debido a su carencia de carga eléctrica. Los elementos inestables formados se desintegran en un período generalmente corto. El semiperíodo de transformación del radiofósforo P obtenido del azufre o cloro es de catorce días, tiempo suficiente para, en el caso de su aplicación en Biología, poder seguirlo en su trayecto por el organismo, lo cual es posible debido a las partículas que va emitiendo en su desintegración, verdaderos espías de estos procesos íntimos del organismo. Estos isótopos radiactivos intervienen en el metabolismo con las mismas propiedades que los normales, cosa que hará posible conocer el mecanismo de la asimilación por las plantas de las substancias del suelo y ver su destino. También permitirán conocer el metabolismo del suelo y aprovechar así los recursos inmensos de éste, que en contra de lo que parece, después de tantos milenios de cultivo, espera todavía con ansia su explotación racional para demostrarnos hasta dónde llega su inmensa fertilidad.

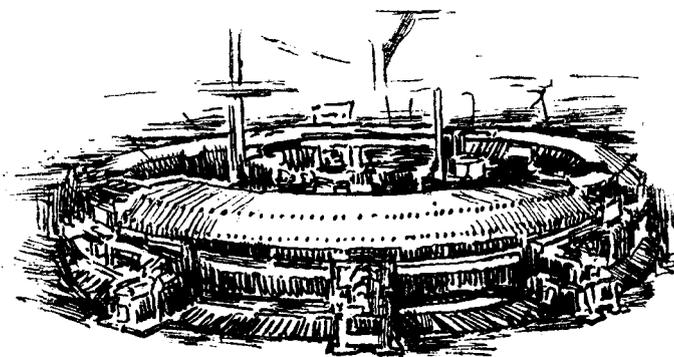
La mayor riqueza de medios se manifestará también en la ganadería y en la creciente producción del mar, sobre el que se hacen muy interesantes estudios biológicos. Para considerar su importancia no olvidemos que dividida la superficie del globo terrestre en cuatro partes, sólo una parte es sólida. Y queda finalmente el ancho camino de la síntesis química.

Vemos, pues, que el horizonte, en el aspecto del dominio técnico, se presenta halagüeño, aunque no nos dejemos llevar por la euforia sobre el bienestar humano, pues ya sabemos hasta qué punto el progreso técnico es capaz de dar la felicidad. Pero es aleccionador que nos fijemos en que todas estas posibilidades aparecen en el momento en que la población mundial alcanza cifras elevadas, cuando las necesidades de energía se hacen acuciantes, y en que las minas de carbón empiezan a mostrar su fin. En este preciso momento aparece la energía atómica, que es un toque de llamada a las conciencias en múltiples aspectos.

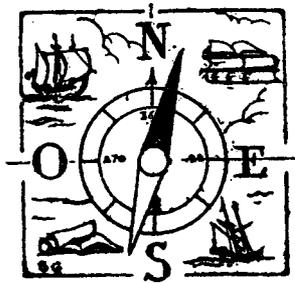
Estos golpes magistrales a todas las predicciones, nos dicen que seamos cautos y prudentes en nuestros juicios y nos enseñan que nunca hemos de acudir para una aparente solución de un grave problema a medios que se oponen a la ley natural, medios que, junto con las máquinas, las llamadas naciones civilizadas no han tenido inconveniente introducir en el Japón y en otros países no asiáticos.

Lo que parecía un callejón sin salida, muestra ahora una puerta grande por donde pasar con la cabeza alta. Se ha empezado a hablar demasiado pronto de superpoblación. El Brasil, Australia, África, son inmensos continentes que esperan todavía la mano del hombre. Este mundo "superpoblado" tiene ante sí muchas posibilidades; no es un mundo viejo. Los que preparan ya su pasaporte para la Luna tienen todavía aquí muchos lugares que descubrir. El mandato divino "dominad la tierra" dista mucho de haberse conseguido.

ANDRÉS DE HARO



El Sincrotrón de protones de Brookhaven (Cosmotrón)



DE LA QUINCENA POLÍTICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Eisenhower y los Soviets - El plan Faure - España y Marruecos. MOLOTOV HACE UNAS DECLARACIONES AL CORRESPONSAL DE «ARRIBA» - Perón y «la generación del año 2000» - Sherlock Holmes y el espionaje soviético en la Gran Bretaña - Preparando la «segunda» Conferencia de Ginebra - Golpe de Estado en Norteamérica

Del 21 al 30 de septiembre

La enfermedad repentina del presidente Eisenhower, que le ha obligado a apartarse «totalmente» de sus funciones presidenciales — de importancia decisiva en los Estados Unidos —, junto con la grave crisis marroquí agravada por la disgregación interna que mina el Estado francés, constituyen dos acontecimientos relevantes en esta última decena de septiembre. Relevantes y peligrosos, ya que alrededor de ambos se ventilan influencias altamente perniciosas que pueden originar consecuencias de honda trascendencia para el futuro de la humanidad.

EISENHOWER Y LOS SOVIETS

Resulta en extremo «curioso» el siguiente párrafo de una crónica de Rodrigo Royo, sobre el problema que plantea la enfermedad del Presidente norteamericano.

«En política internacional — dice —, puede que los que más lamenten en un sentido político el percance de Eisenhower sean los rusos. Es cierto que en los asuntos internacionales, Estados Unidos han mantenido siempre una lucha continua con independencia del juego interno de los partidos. Pero en esa coyuntura histórica no es menos cierto que la llamada «atmósfera de Ginebra», o mejor de la situación internacional y de las relaciones entre Norteamérica y la URSS, se debe de una manera muy personal a la gestión directa de Eisenhower, un hombre que ha sido calificado aquí como «el mayor compromisario de la Historia».

¿Qué ocurrirá ahora? Todo depende, en gran parte de la persona al que Eisenhower delegue sus poderes, y son muchos los que temen que sea Nixon, el vicepresidente, el que reciba el encargo de Ike. ¿Por qué?

EL PLAN FAURE

Entre tanto, el asunto de Marruecos va para Francia de mal en peor. Falta de decisión, falta de patriotismo, falta de visión política, sin duda.

«— Les doy a ustedes tres minutos para dimitir si están en desacuerdo con la aprobación del proyecto que someto a su consideración», parece que ha dicho Edgar Faure a sus ministros en un movido Consejo reunido para tratar de la instauración de una Regencia que sustituya al sultán Ben Arafa. Ningún ministro ha dimitido, pero la oposición a Faure no ha disminuido.

De hecho, el «plan Faure» — de acusadas influencias mendesistas — tropieza con la enemiga de una fracción importante de lo que en Francia llaman «la derecha» y con la oposición cerrada del Ejército (algo más que la «peña militar» de que habla Carlos Sentís), dirigida por el mariscal Juin y el general Koenig.

A última hora, se anuncia que Edgar Faure ha dirigido un «ultimatum» al residente general en Rabat, Boyer de Latour, para que cumplimente las instrucciones re-

cibidas que entrañan el destronamiento de Ben Arafa y la aplicación de los «convenios» de Aix-les-Bains.

¿Lo aceptará Boyer de Latour? ¿Y después? No es muy difícil predecir el trágico resultado que ha de tener para Francia una política basada en renunciamentos y debilidades.

ESPAÑA Y MARRUECOS

Refiriéndose a la última nota dirigida por el Gobierno español al de Francia, la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores ha hecho público un comunicado en el que da las siguientes precisiones:

«El Gobierno español — dice — entiende que en el restablecimiento de la legalidad en la zona francesa de Marruecos, por ser asunto que concierne a Francia, no tiene por qué intervenir España, que fue del todo ajena a su vulneración; pero si al restablecerse la legalidad en la zona francesa se trata de introducir modificaciones en el actual régimen de Protectorado, que impliquen una revisión de los Tratados vigentes, España debe estar presente, desde el primer momento, en las negociaciones que habrán de ser, por tanto, hispano-franco-marroquíes».

MOLOTOV HACE UNAS DECLARACIONES AL CORRESPONSAL DE «ARRIBA»

Copiamos de una crónica de Rodrigo Royo, publicada en «Arriba» (número del 25 de septiembre) lo siguiente:

«Molotov dijo en la Asamblea General de la ONU, que la URSS aboga por el establecimiento, con la participación de Estados Unidos, de un sistema de seguridad colectiva en Europa basado en los esfuerzos conjuntos de todos los países europeos, independientemente de sus sistemas sociales y políticos».

«Al acabar la sesión de la Asamblea General esta mañana, en la que Molotov se opuso al proyecto de Dulles de convocar una conferencia para la revisión de la Carta, pero coincidió con el secretario de Estado norteamericano en todos los demás puntos básicos, y de manera muy especial en el tono de conciliación y en los votos que hizo por la paz y el entendimiento internacional, este corresponsal en una breve entrevista exclusiva con el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, le pidió que le aclarase si al hablar de todos los países europeos se refería también a España.

«— Desde luego — dijo Molotov —. España es también un país europeo».

«— ¿No tendrá inconveniente el señor Molotov de que yo diga específicamente que él extiende también a España esa invitación del Gobierno soviético?

«— ¿Qué relación tiene usted con España? — me preguntó en este punto Molotov, que sólo me conocía de vista.

«— Soy el corresponsal de «Arriba» y de otros periódicos españoles.

«Al identificarme, Molotov me estrechó la mano sonriendo, como si se alegrara mucho de conocerme, y agregó:

«— No es ningún secreto. Puede usted decir en sus periódicos que yo le dicho que el pacto de seguridad europea que propone mi Gobierno incluye, desde luego, a España, si ella quiere participar.»

PERÓN Y «LA GENERACIÓN DEL AÑO 2000»

Aniquilados a cañonazos los últimos reductos peronistas de la ciudad de Buenos Aires, el general Lonardi entró en la capital «ante un fondo de banderas argentinas y pontificias», tomando posesión de la Casa Rosada como nuevo Presidente de la nación.

Las primeras declaraciones del nuevo Presidente fueron para subrayar su deseo de concertar un Concordato con la Santa Sede. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Mario Amadeo, se ha entrevistado con el cardenal Copello y ha recibido al nuncio de Su Santidad en Buenos Aires.

En el «Diario de Barcelona», Cecilio Benítez de Castro escribe:

«Retratos, nombres, placas de calles, estatuas, bustos, todo se desmorona. Se redacta un cartel que podría rezar así: «Prohibido anticiparse a la Historia». Fue lo que vino a decir el presidente Lonardi al justificar su decreto devolviendo sus nombres a la Pampa y al Chaco». Y explica lo ocurrido en la Plaza de Mayo con el «mensaje a la posteridad» que el peronismo hizo enterrar el día 12 de agosto de 1948 para la generación del año 2000. Un estudiante recordó el hecho ante un grupo de manifestantes. «Acordarse y ponerse a cavar fue todo uno. Hasta con las uñas. Por fin, a un metro de profundidad, apareció una losa. La rompieron y apareció un boquete inundado. Un estudiante se arrojó al agua, ni corto ni perezoso, y sacó el cofre. Trataron de abrirlo, pero estaba herméticamente cerrado...» La policía se lo llevó, finalmente.

Ahora Perón espera en el puerto de Buenos Aires, bajo la protección del Paraguay, poder salir de la Argentina. ¿Qué pensará de todo ello la generación del año 2.000?

SHERLOCK HOLMES Y EL ESPIONAJE SOVIÉTICO EN GRAN BRETAÑA

El traidor Donald McLean, según informa el «United States News and World Report» fue encargado de la dirección de los asuntos de América en el Foreign Office, el 6 de noviembre de 1950, por lo que pudo informar a sus amigos soviéticos que los Estados Unidos no atacarían a las fuerzas invasoras chinas de Corea, más allá de la frontera del Yalu.

Una reciente declaración de Vladimir Petrov, antiguo espía comunista en Australia, denunciando que McLean y Burgess trabajaban al servicio del espionaje soviético desde hacía veinte años, ha producido una honda conmoción en Gran Bretaña, obligando al Gobierno inglés a publicar un «Libro Blanco» sobre el oscuro caso.

EL GRAN ASESINATO

Bajo este título, J. L. Gómez Tello publica en «Arriba» del 23 de septiembre un interesante artículo al que pertenece el siguiente fragmento:

«¿Dónde están los millones de hombres y mujeres que faltan en las trágicas estadísticas de los presos y deportados en la U.R.S.S.? Son las sombras iluminadas de los 17.000 oficiales alemanes fusilados entre 1945 y 1948, después de haberles arrancado confesiones falsas de delitos por los chekistas de la N. K. W. D. Son los 50.000 prisioneros salvajamente asesinados al año siguiente. Son los 800 prisioneros alemanes, italianos, checoslovacos y austríacos ejecutados en 1948 en los campos de concentración de Stalingrado. Son los 3.000 fusilados en las obras del ferrocarril Dnieprostroks-Astracán, en sólo dos años, y los 7.000 muertos de agotamiento, de epidemias y de hambre en el mismo tiempo y en las mismas obras. Son los 34.000 japoneses asesinados desde 1946 a 1952 en Karaganda, los 26.000 alemanes, checos y finlandeses asesinados en Tscheropowetz; los 15.000 de Kiev; los 3.000 en Woronesh; los 4.000 de Minsk; los 1.200 de Charkov; los 700 de Tula; los 3.000 de Magnitogorks; los 70.000 de Kubyshev; los 40.000 de Rostov... Son los millares que han sucumbido anónimamente en Workuta, en Marinks, en Stalinks, en las minas de oro de Kolyma, en los canales del Volga. Son los 90.000 prisioneros de Stalingrado, asesinados en la «marcha de la muerte». Son los 1.800 oficiales polacos y los 3.800 alemanes fusilados en 1946 en Molodestchno por orden de Rokossovski. Si se quiere encontrar a la población alemana desaparecida hay que buscar las cien mil tumbas y fosas comunes donde yacen cien mil habitantes de Königsberg, asesinados o muertos de hambre en un invierno. Y hay que buscar las veintiseis mil personas que están enterradas en el campo soviético de Sachsenhausen; las seis mil de Bautzen; las cinco mil de Jamlitz; las tres mil quinientas de Hohenscronhausen. ¿Cuántos seres humanos han sido segados en las trágicas praderas de vida y muerte de Orsior, de Vladimir, de Tochtit, de Norilsk? ¿Para qué seguir? ¿Cuántos de estos millones de seres humanos han muerto de sufrimientos indecibles mientras se brindaba por la coexistencia?»

Una información procedente de Londres explica:

«El Libro Blanco sobre el caso Burgess-McLean habría de desacreditar para siempre la leyenda del «Incomparable Intelligence Service», que numerosas novelas policiacas han venido creando en Gran Bretaña. Ningún otro documento podría dar una impresión más acusada de que los ingleses son unos niños en el arte del contraespionaje, y que en el país de Sherlock Holmes los servicios de seguridad ignoran las reglas elementales de una encuesta policiaca.»

«La prensa reconoce en general que la explicación oficial de la desaparición de los dos diplomáticos no logra justificar ni la conducta del servicio de seguridad ni la de los ministros que continuamente han tratado de protegerlo en la Cámara de los Comunes. Por el contrario, las nuevas explicaciones provocan nuevas y graves sospechas.»

«Así, del «Libro Blanco» se deduce que «McLean y Burgess desaparecieron pocas después que el «Foreign Secretary» que entonces era Mr. Morrison, autorizó al servicio de seguridad a interrogar a McLean. Nada, ciertamente, permite excluir una «favorable coincidencia» para el diplomático, que pudo así escapar en el último minuto.»

Pero existe otro hecho sintomático.

«El «Libro Blanco» alude también a un «tercer hombre» que pudo ser quien advirtió a McLean, si bien añade que las profundas investigaciones practicadas no han permitido reunir pruebas suficientes para llegar a una conclusión definitiva o para proceder a una acusación. En esas condiciones, la gente se pregunta si el Foreign Office o los servicios de seguridad ocultan todavía a un «super-espía» entre las personas que pudieron conocer inmediatamente la decisión tomada por Mr. Morrison con respecto a McLean.»

¿Dónde está el verdadero espía, protector de McLean y Burgess? ¿Por qué el Gobierno inglés ha venido ocultando tras un silencio sospechoso la íntima verdad del

caso? Hay varias hipótesis posibles que pueden alcanzar altos vuelos, pero el conservador Eden y el laborista Morrison nada han hecho y nada han dicho hasta hoy que pudiera acallar las sospechas vehementes de muchos ingleses... y de algunos que no lo son.

Del 1 al 5 de octubre

PREPARANDO LA «SEGUNDA» CONFERENCIA DE GINEBRA

Según un portavoz del Gobierno de la República Federal alemana, las tres potencias occidentales y la Alemania de Bonn preparan «un plan estratégico» en relación con la anunciada conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores, que ha de celebrarse en Ginebra a finales del presente mes.

Una de las características principales de dicho plan es la creación de «una ancha faja desmilitarizada a ambos lados de lo que es ahora frontera oriental-occidental de Alemania. Dicha zona incluiría la mayor parte de la zona rusa y una parte simbólica de la zona occidental», aunque ello supone que los bolcheviques acepten la reunificación alemana por medio de «elecciones libres».

Por otra parte, las tres potencias democráticas han enviado una nota a la URSS en la que precisan tres puntos importantes:

1) El Occidente no reconocerá el Gobierno de la Alemania oriental.

2) Las fronteras alemanas serán determinadas por el Tratado de Paz que habrá de firmarse con un Gobierno de «toda Alemania».

3) Petición a la URSS de seguridades de que se respetarán las obligaciones contraídas con respecto a las líneas de comu-

nicación entre la Alemania occidental y Berlín.

Refiriéndose a la próxima conferencia de Ginebra, el ministro británico de Asuntos Exteriores ha manifestado en la Asamblea de la ONU que hay que avanzar «hacia la supresión de barreras entre los dos bloques», utilizando todos los medios posibles, como viajes comerciales e intercambio de ideas.

Nadie habla ya de liberar a los pueblos oprimidos por el comunismo, ni de las atrocidades de los campos de concentración soviéticos. Tampoco el «Deutschland über alles» interpretado por una banda de música soviética en Moscú en honor de Adenauer, ha impedido a la URSS dar un nuevo paso adelante en la soviétización de la Alemania oriental.

Pero la consigna de la «coexistencia» continúa en vigor en Occidente... Y Tito, según la Embajada norteamericana en Belgrado, ha llegado ya a un pleno acuerdo con Norteamérica. ¿Quién puede pedir más?

COLPE DE ESTADO EN NORTEAMÉRICA

Preguntábamos en la nota anterior sobre la enfermedad de Eisenhower, qué ocurriría ahora en los Estados Unidos. Ya lo sabemos, porque lo que había temer ha ocurrido ya.

Presentaremos primero al personaje, autor del «golpe de Estado» — así lo llaman en Norteamérica —, operado junto a la cama donde descansa, enfermo, el presidente Eisenhower.

«Sherman Adams — leemos — es un antiguo demócrata que se pasó al campo contrario, donde hizo el papel de moderado y de «internacionalista». Hombre de cincuenta y seis años, tuvo a su cargo, después de la primera guerra mundial, un comercio de maderas en Nueva Inglaterra... En 1941, Sherman Adams intervino en la vida política haciéndose elegir para la Cámara de Representantes del New-Hampshire... En 1945 fue elegido miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, y en 1949 los electores lo designaron gobernador de New-Hampshire. Eisenhower lo escogió en 1952 para «jefe del estado mayor» de la campaña electoral y como agente de enlace con el Partido Republicano... Después de la elección presidencial, Eisenhower nombró a Adams su asistente personal».

Y en otra información — procedente de Washington — se explica lo ocurrido:

«Mr. Adams no ha perdido el tiempo. De regreso de sus vacaciones, el pasado jueves (29 de septiembre), con un espíritu de decisión muy singular, ha tomado la dirección efectiva de la Administración, actuando prácticamente como jefe de estado mayor del Presidente. En diversas ocasiones, Mr. Hagerty, jefe de los servicios de prensa, lo ha llamado «the President's Deputy» (suplente del Presidente), y no, como era acostumbrado, «the Assistant to the President»... Eso es lo que ciertos periodistas denominan «el golpe de Estado» de Sherman Adams...»

«Gracias a su iniciativa, el Presidente no delegará sus poderes a ninguna persona y continuará ejerciéndolos directamente a través de su adjunto. En otras palabras, durante este período de convalecencia, Mr. Nixon realizará las funciones de representación, pero las del ejecutivo serán cubiertas por el estado mayor de la Casa Blanca.»

Sería curioso averiguar a qué se debe la ascendencia de Sherman Adams sobre Eisenhower. ¿Será porque Adams es un antiguo demócrata? ¿Tendrá Adams algunos padrinos poderosos que influyen decisivamente en la Casa Blanca?

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL
Shehar Yashub

¿Existió realmente el judío Bela Kun?
 ¿Fueron sus actos producto de una mera casualidad u obedecían a un plan premeditado?
 ¿Qué relación tuvo con la Revolución Húngara?

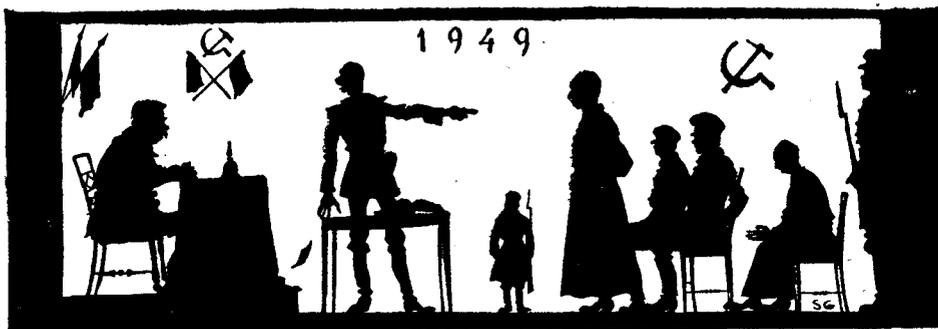


Estas y otras no menos interesantes preguntas les serán contestadas
 por JOSÉ-ORIOI CUFFI CANADELL, «Shehar Yashub», en:

La Sombra de Bela Kun

(2.ª edición)

Con una introducción del Excmo. y Rvmo. Dr. D. Gregorio Modrego Casaus,
 Arzobispo-Obispo de Barcelona



Lauria, 15, 3.º
 Teléfono 31 11 66

PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
 BARCELONA (España)

Diputación, 302, 3.º
 Teléfono 22 24 46

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario 7'50 ptas.

Encuadernar revistas y separatas 36'00 ptas

Encuadernar revistas. 25'00 »

Tomos encuadernados, revistas y separatas 186'00 »

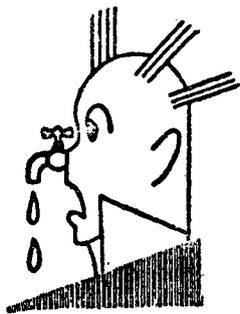


En su viaje a
Mallorca
visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

S
E
L
L
O
S



E
U
P
I
T
A

Catarros nasales
se cortan rápidamente con los

Sellos
EUPITA

Un sello tomado en cualquier
momento detiene la molesta
destilación nasal.

VENTA EN FARMACIAS

P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E

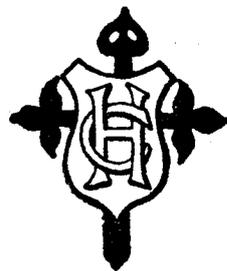


P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E

Un anuncio en

CRISTIANDAD

es un anuncio eficaz



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA